

Samuel Gili Gaya: estudio biográfico e introducción a su obra lingüística

M^a Nieves Vila Rubio

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tesisenxarxa.net) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tesisenred.net) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tesisenxarxa.net) service has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized neither its spreading and availability from a site foreign to the TDX service. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service is not authorized (framing). This rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

SAMUEL GILI GAYA:

**ESTUDIO BIOGRAFICO
E INTRODUCCION A SU
OBRA LINGÜISTICA**

Tesis doctoral de
M^a Nieves Vila Rubio.
Dirigida por el doctor
Victor Siurana Zaragoza.

Facultad de Filología.
Sección de Filología Hispánica.
Estudi General de Lleida.
Universitat de Barcelona.
Octubre de 1991.

2.2.2. El Diccionario VOX.

2.2.3. El Diccionario de sinónimos.

2.2.4. Otros trabajos lexicográficos.

2.2.4.1. Cuestiones de lexicografía clásica y moderna.

2.2.4.2. Cuestiones de lexicografía contemporánea.

2.2.1. El 'Tesoro Lexicográfico'. 1492-1726.

Esta fue la obra en la que Gili Gaya puso mayor afán e ilusiones y la que, a la vez, le proporcionó, indirectamente, la mayor decepción, puesto que tras dedicarle muchos años de paciente labor recopiladora finalmente parte de ésta habría de resultar inútil.

Cómo surgió la idea de llevar a cabo esta obra y cómo se gestó, está explicado por el propio Gili Gaya en el prólogo incluido en el primer y único volumen publicado. Según nos dice Gili, todo empezó hacia 1920, cuando se decidió a ordenar los materiales léxicos de los diccionarios de Covarrubias y Nebrija, "para tener con ellos un instrumento de trabajo destinado a nuestras investigaciones lingüísticas en el Centro de Estudios Históricos." (VII). Menéndez Pidal pensó entonces que debían ampliarse estos materiales con el fin de formar un "Corpus Glossariorum" que contuviera toda la lexicografía de la época clásica. Gili acogió la sugerencia y durante dieciséis años y con sólo un pequeño equipo, cuyos

integrantes irían relevándose a lo largo del tiempo, ordenó y seleccionó el material de casi un centenar de diccionarios, obteniéndose un total de 268.000 papeletas.

Sin embargo, la impresión de la obra no pudo llevarse a cabo de forma ni inmediata, ni continua, dado que, según cuenta Amado Alonso, aquella "era especialmente costosa (1.000 pesetas el pliego en aquellos tiempos) y los recursos del Centro muy escasos, de modo que había que esperar cada vez a que se reunieran 1.000 pesetas para pedir a la imprenta la impresión de un nuevo pliego." (1951:324).

Esa fue la razón principal para que, a pesar de que en el año 1936 estuviera ya listo todo el material, aún no se hubiera publicado ningún fascículo hasta esa fecha y sólo se hubieran imprimido veinte pliegos que abarcaban hasta el artículo "bedel".

La primera característica que llama la atención en esta obra es la que concierne a la previa tarea de selección de fuentes. La primera intención fue exhaustiva: Gili Gaya trataba de recoger el máximo material léxico posible correspondiente a la época clásica:

"El criterio que ha guiado el acoplamiento de materiales ha sido el de reunir todas las palabras españolas que fueron de algún modo definidas o traducidas." (Prólogo, VIII).

Pero, naturalmente, hubo que establecer un marco en el que desarrollar la labor lexicográfica. Así, algunos diccionarios y vocabularios fueron desestimados pues eran

mera repetición de otros anteriores. En la bibliografía que se incluye en el primer fascículo de la obra, el autor indica qué repertorios léxicos ha utilizado y cuáles no y el porqué. Por otra parte, hubo que cotejar las palabras que salían una y otra vez con el mismo significado en varios diccionarios, para unificar la entrada, destacando la primera aparición así como las sucesivas variantes en la definición.

Esta laboriosa tarea llevada a cabo manualmente, sin el apoyo informático de que hoy disponemos, fue sin duda costosa, y hubiera sido fácilmente proclive a los errores de no ser por la competencia de Gili Gaya y sus colaboradores en la tarea. El propio autor daba mucho valor a esta parte de su trabajo. Así se aprecia cuando afirma en el prólogo:

"Esta parte selectiva de nuestro trabajo es la más delicada y difícil del libro que presentamos al público, y aspiramos a que lo califique ante la crítica mucho más que el acarreo previo de los datos que le sirven de base." (IX).

La publicación de los primeros fascículos dio lugar a la aparición de numerosas reseñas -es la obra más reseñada de Gili Gaya-, en diversas publicaciones, en las que los comentarios de los críticos destacaban claramente la rigurosidad y minuciosidad de esta tenaz labor de selección²¹. Asimismo, celebraban que las fuentes no se

21. Lázaro Carreter, la califica de 'riguroso discernimiento' entre la gran masa de materiales que 'ha reducido a términos homogéneos' (1949:182). Tomás Navarro Tomás, por su parte, afirma: 'The handling of such extensive material in the process of classification and deletion of unnecessary repetitions reveals the same careful method with Mr. Gili Gaya has demonstrated in his various publications on experimental phonetics and philological problems.' (1948:339). Y Amado Alonso destaca 'el tino y maestría con el que ha sorteado el peligro de las meras repeticiones.' (1951:327).

hubieran limitado a obras lexicográficas generales y ya conocidas, como el Tesoro de Covarrubias, por ejemplo, "el más importante entre todos los diccionarios anteriores al de Autoridades" (XI), según el propio Gili, sino que se hubieran tenido en cuenta otras, menos accesibles pero no por ello menos valiosas. En primer lugar, vocabularios específicos (sobre todo, los de léxico náutico, de los que hemos contabilizado once, más dos agrícolas, uno botánico, dos médicos, uno de germania y uno de artes pictóricas); en segundo lugar, ciertos léxicos parciales referentes a obras determinadas (como los correspondientes a El Conde Lucanor o a las obras de Garcilaso de la Vega); también, diversos manuscritos inéditos, inaccesibles prácticamente para la mayoría hasta ese momento (casi una veintena); y por último, el hecho de haber consultado varias ediciones de una misma obra -en el caso de que existieran- en busca de posibles cambios o adiciones dignos de consideración. El conjunto de todo ello es lo que le confiere el valor de partida a esta obra; valor que se confirma al resultar finalmente un trabajo riguroso y exhaustivo.

Previamente, Gili Gaya realiza asimismo unas puntualizaciones importantes pues en el prólogo enmarca el contenido de su obra no sólo desde un punto de vista formal. Traza clara y esquemáticamente las líneas de lo que fue la lexicografía española anterior a 1726, estableciendo tres grandes etapas correspondientes a:

1) La obra nebrisense, que perseguía únicamente fines prácticos de aplicación: "se propone sencillamente servir de instrumento al estudio del latín o de las lenguas modernas entre españoles o del español entre extranjeros." (XIII).

2) La época de las obras de Covarrubias, Aldrete y otros contemporáneos suyos, en la que el estudio de la lengua comienza a atraer por sí mismo y no como medio para acceder a otros conocimientos: "domina el interés por el estudio del español en sí mismo, sobre todo en los aspectos etimológico e histórico." (XIII). La lexicología de esta etapa es, a juicio de Gili, más interesante que la que comprende los diccionarios políglotas basados en su mayoría en la obra de Nebrija, "porque, al no responder a una necesidad práctica o docente, adquieren todo el carácter de ciencia desinteresada." (X).

3) La época preacadémica, en la que se prepara ya el terreno para la aparición de una obra en la que la lexicografía va a ir de la mano del criterio de autoridad: "Tiende a estimar a los escritores áureos como autoridad del idioma y norma del buen uso. Las citas de textos literarios avaloran la propiedad y pureza de las palabras que el diccionario registra." (XIII).

Estas tres etapas están perfectamente representadas en los fascículos publicados. En realidad esta obra constituye la prueba gráfica por excelencia de la historia del léxico español de una época determinada. No es el recopilador quien habla, tan sólo intervienen los lexicógrafos de la época, con sus diversas aportaciones para cada término, en orden cronológico. Alda Tesán, en su reseña sobre el Tesoro, hacía referencia a este aspecto; decía:

"Hasta ahora, la interpretación precisa de un vocablo en un momento histórico determinado exigía la consulta, difícil muchas veces e incómoda siempre, de un diccionario coetáneo del texto que se trataba de explicar. En este Tesoro, y nunca mejor aplicada la palabra, encontramos reunidas y ordenadas todas las definiciones, de cuyo conjunto obtenemos la historia completa del vocablo." (1948:154).

En el prólogo, el autor se excusa de los defectos que puedan hallarse en la obra y lo cierto es que junto a los elogios que ésta suscitó, asimismo se sugirieron a Gili Gaya ciertas "petites mises au point" como las llama Germán Colón (1956:379-386). Lázaro Carreter, por ejemplo, tras afirmar que se trata de una obra "muy cerca de la perfección" (1949:133), cree que Gili no debía haber confiado en la Biblioteca de La Viñaza, pues ésta registra frecuentes errores en cuanto a las fechas de ediciones, como ocurre con el Diccionario de Percivale cuya primera edición data de 1591 mientras que en el Tesoro figura -según el dato de La Viñaza- como editado en 1599 por primera vez. Lo mismo le reprocha Germán Colón, así como la exclusión de algunos vocabularios como el de Juan de Resa o el Universal Vocabulario (1490) de

Alfonso de Palencia. Lázaro incide también en ello argumentando que el Tesoro de Covarrubias es claramente deudor del Vocabulario de Palencia, por lo cual que el Covarrubias recoja o no ciertos términos puede ofrecer información valiosa acerca de su evolución en el tiempo que separa a ambos autores. Pero Gili Gaya ya había advertido en su prólogo que aun siendo muy importantes los materiales contenidos en el Alfonso de Palencia, éste quedaba fuera de los límites marcados para la elaboración del Tesoro.

Por otra parte y a pesar de que Gili Gaya utiliza el máximo de ediciones de las obras que le es posible, se echa en falta la consulta de, por ejemplo, ediciones posteriores a 1616 del Diccionario de Oudin. Gili indica en la bibliografía que, en principio, registra cuatro ediciones de este diccionario (París, 1607; París, 1616; Bruselas, 1625 y Lyon, 1675) pero que mientras la tercera nada nuevo añade a las dos primeras, la cuarta "contiene datos que no se hallan en las anteriores; pero hemos comprobado que todos ellos proceden de Covarrubias, por lo cual hemos prescindido de ellas." (XXII). Gili Gaya, pues, justifica su decisión por lo que respecta a las dos últimas ediciones citadas. Sin embargo hay otras, de 1645 y de 1660, que no menciona y que contienen adiciones importantes hechas por el hijo de Oudin. Amado Alonso explica que estas ediciones posteriores incluían nuevos términos que otros lexicógrafos, como Stevens o Sobrino, introdujeron más tarde en sus diccionarios pero que, al no ser tenidas en

cuenta por Gili Gaya, se produce en el Tesoro un error en la datación de la primera aparición de estos términos²².

En resumen, una obra como el Tesoro Lexicográfico quizá no era posible sin algunos defectos como los mencionados dada la dificultad y amplitud de la empresa. Pero no sólo en eso los críticos estuvieron de acuerdo, sino también en la necesidad de que tal obra existiera para facilitar la labor de edición de textos clásicos o, simplemente, de los interesados en el léxico de aquella época²³. De ahí que sea unánime también la queja ante la interrupción de la publicación de la obra. Germán Colón se lamenta de la lentitud en la aparición de los fascículos, diciendo:

"Il est très regrettable et presque incompréhensible que depuis 1947, date du premier fascicule consacré à la lettre A, nous n'en soyons encore, en 1956, qu'à la lettre C. Neuf ans n'ont donc pas suffi à la parution du volume complet. Pourtant il y en a en Espagne et à l'étranger une série d'oeuvres sur le chantier qui mettraient à profit tous les matériaux du Tesoro." (1956:385-386).

Bernard Pottier, por su parte, en 1962, cuando la publicación de la obra se había interrumpido ya definitivamente, expresa así sus deseos:

"...il a fallu dix ans, pleins d'incertitudes, pour voir se terminer le premier tome; on ignore ce que l'avenir

22. Dice A. Alonso al respecto: "...muchísimos de los vocablos registrados en los diccionarios de Sobrino y de Stevens los copiaban éstos de las ediciones tardías de Oudin, y se habrían podido fechar mejor. Lo que me hizo a mí insistir en las ediciones posteriores de Oudin hasta dar con las voces 'çonço' y 'amadisito' es verlas en Sobrino y Stevens, sus sistemáticos seguidores." (1951:327-328).

23. Bernard Pottier afirma al respecto: "L'entreprise de M. Gili Gaya force l'admiration. Elle épargne à tous les chercheurs de longues et difficiles recherches." (1962:142) y Zamora Vicente dice: "El Tesoro está destinado a sustituir, ventajosamente, largas horas de búsqueda afanosa, y a veces estéril, sobre todo al estudiar textos de la Edad de Oro." (1949:81).

réserve.(...) Souhaitons qu'on lui donne les moyens de mener son oeuvre   terme." (1962:142).

Gili Gaya seguramente confiaba, antes de que se produjeran los problemas que provocaron la ruptura de sus relaciones con el CSIC -cuestión que ha quedado ya explicada en otro lugar de este trabajo-, que la obra podría estar completamente publicada hacia 1955. Nos lleva a pensar esto, algo que Navarro Tomás dice en una reseña sobre el Tesoro, que aqu el publicó en 1968 en *The Romanic Review*:

"The author estimates that within a few months the volume covering the letter B will appear and that the publication of the entire work may require five or six years more." (339).

Ambos filólogos estaban en contacto, a pesar de que don Tomás se hallara en América, así que no dudamos de que la apreciación que éste pone en boca de don Samuel le fuera formulada por él mismo. Navarro Tomás expresa, al final de la reseña, sus deseos de que la obra reciba las ayudas necesarias para llegar a buen fin²⁴.

Veinte años más tarde, en un artículo titulado "Metodología lexicográfica del español hablado" (RIB, 4, 1968, 375-386), Navarro Tomás dice acerca del Tesoro:

"Fue acogida con el mayor interés una publicación de tal importancia y de tan evidente necesidad, y es general la extrañeza por la paralización en que se halla desde hace diez años." (375).

24. Dice T. Navarro Tomás en la reseña citada: "...Mr. Gili Gaya...should find the assistance necessary to complete the publication of this important work." (340).

En definitiva, nadie se explicaba el porqué de una interrupción semejante. Fue lamentable, pues el único tomo publicado, que abarca de la A a la E ('ezquierda' es el último artículo), hizo que muchos se felicitaran y esperaran con fervor la aparición del resto de la obra ya que confiaban en que su trabajo se vería facilitado enormemente. Amado Alonso, temiéndose lo que iba a ocurrir y en nombre de todos los hispanistas, se permitió un ruego a los directores del CSIC:

"La importancia capital de esta obra, que los hispanistas de todos los países están aguardando, bien merece una atención especial por parte de los editores para que no sólo no se suspenda, sino que se apresure la publicación completa." (1951:328)

Por su parte, Diego Catalán, en 1974, cuando el hecho era ya irreversible, aseguraba:

"Es lástima que J. Corominas, que utilizó -cuando aún se hallaba inédito- el trabajo de Hill [se refiere al Universal Vocabulario de Palencia. Registro de voces españolas internas, elaborado por J.M. Hill en 1957] no pudiera beneficiarse sino de los primeros artículos del Tesoro de Gili." (1974:260-261)

Nunca este deseo fue satisfecho. Las fichas del Tesoro quedaron almacenadas en los archivos del CSIC, sin control alguno y sin que nadie diera utilidad a tantos años de labor finalmente estéril.

2.2.2. El 'Vox. Diccionario General Ilustrado de la Lengua Española'.

2.2.2.1. Cuestiones editoriales y bibliográficas.

A principios de los años cuarenta, la editorial Spes de Barcelona se trazó un plan de publicación de diccionarios españoles tanto para la Península como para América. Un equipo de lexicógrafos de la propia editorial se dispuso, pues, a redactar un primer embrión del que habría de ser el diccionario básico de la serie.

En el año 1944, Spes se puso en contacto con don Samuel con el fin de solicitar su colaboración en la revisión de la obra proyectada entonces como 'Diccionario Manual de la Lengua Española'. Si nos atenemos a las palabras que don Ramón Menéndez Pidal incluye en su prólogo al Diccionario Vox, deberemos deducir que en realidad fue a este último a quien Spes consultó sobre la realización de tal empresa y sobre quién podía ser el lexicógrafo idóneo para ella. Menéndez Pidal creyó que Gili Gaya era el adecuado y así lo indicó a la editorial²⁵.

Don Samuel accedió a llevar a cabo tal labor, que debía consistir básicamente en "la corrección de errores, confusiones, etc." (Del contrato entre Gili Gaya y Publicaciones Spes, S.A.; 12.4.1944), así como también en "la redacción de los resúmenes gramaticales, de la terminología gramatical y literaria y de las palabras de mayor importancia

25. Dice Menéndez Pidal: "Cuando esta editorial me pidió consejo acerca del presente diccionario que tenía en preparación, me pareció el proyecto muy bien intencionado, bien encauzado, apto para toda clase de mejoras, y oferta, a la vez, de futuros perfeccionamientos que la editorial se proponía hacer. Creí tal empresa digna de ser confiada en su reorganización y redacción definitiva al cuidado técnico de un especialista, al profesor Samuel Gili Gaya, cuya gran experiencia en trabajos lexicográficos me era conocida desde hace mucho." (1953.XIVIII).

en el aspecto sintáctico" (id.); asimismo debía encargarse de redactar "las instrucciones generales para la utilización del diccionario" (id.). Finalmente, Gili fue el encargado de realizar "una profunda revisión de dicha obra sobre todo en cuanto se refiere a los aspectos literario, estilístico y gramatical del Diccionario." (id.).

Estos fueron los términos en los que se estableció la colaboración de Gili Gaya en la obra lexicográfica de Spes. Los mencionados son términos contractuales que, trascendidos a la realidad, nos muestran claramente que, aparte del primer acopio de material léxico realizado por la editorial, la labor de selección posterior de aquel corpus y la de su disposición, tanto por lo que se refiere a la macroestructura como a la microestructura del diccionario, fue llevada a cabo por don Samuel²⁶.

Antes de adentrarnos en el comentario del diccionario, debemos destacar el hecho de que al acercarnos a las obras lexicográficas de la editorial Bibliograf -heredera de Spes- atribuidas a Gili Gaya, encontramos diversos títulos, cuyos datos bibliográficos, si bien parecen remitir a este trabajo lexicográfico principal, no resultan lo suficientemente claros. En consecuencia, hay que ver qué relaciones existen entre las diversas ediciones y adaptaciones que han ido apareciendo desde la primera salida al público, en 1945, del

26. M. Seco, en "Medio siglo de lexicografía española (1930-1980)" dice lo siguiente: "El diccionario VOX (...) es obra, no sé en qué medida, de Samuel Gili Gaya." (1987:203). Creo que con estas precisiones queda bastante claro el papel que desempeñó Gili Gaya en la elaboración de esta obra.

Diccionario General. Creo que tiene su importancia saber si las sucesivas ediciones son realmente tales o meras reimpressiones; qué diferencias contienen los diversos títulos de las adaptaciones y, finalmente, y dado que casi todas llevan prólogo de Gili Gaya, comprobar si se trata del mismo en todos los casos, o si, por el contrario, son distintos entre sí y adecuados a cada título.

Tras diversas pesquisas, hemos establecido como sigue los datos bibliográficos relativos a cada uno de los títulos aparecidos a partir de la primera publicación, en 1945, del diccionario general o básico:

1) - VOX. Diccionario general ilustrado de la lengua española. Barcelona. Spes. 1945. Prólogo de Menéndez Pidal: "El diccionario que deseamos." (XIII-XXIII). Prólogo de Gili Gaya: "Características del Diccionario VOX." (XXIX-XXXIII).

- 2ª edición, "corregida y notablemente ampliada". Barcelona. Spes. 1953. Lleva los mismos prólogos.

- 3ª edición. Barcelona. Bibliograf. 1973. Al parecer, también colaboró en la revisión de esta tercera edición el profesor Badia i Margarit, según indicación de la editorial. Sigue llevando los mismos prólogos. Las ilustraciones han sufrido ciertos cambios y adaptaciones, pues no en vano entre esta edición y la anterior median veinte años. Asimismo, el corpus se ha ampliado (hemos comparado dos páginas elegidas al azar -'detractor-diaconía'- y existen 21 nuevas entradas

en la edición del 73). Además, en algunos artículos se ha producido una cierta adecuación y también ampliación. No existe, pues, duda de que se trata de una nueva edición.

- Diversas reimpresiones -ya no ediciones- hasta llegar a la edición de 1987 en la que la revisión corrió a cargo de Manuel Alvar Ezquerro²⁷.

2) - VOX. Diccionario manual ilustrado de la lengua española. Barcelona. Spes. 1954. Surge del General de 1953. No incluye el prólogo de Menéndez Pidal. El prólogo de Gili Gaya es diferente del que figura en el General.

- 13 reimpresiones -no ediciones- hasta 1988, en Spes y en Bibliograf. La edición de 1990 no lleva ya el prólogo de Gili Gaya.

3) - VOX. Diccionario abreviado de la lengua española. Barcelona. Spes. 1956. Surge también del General de 1953. El prólogo, únicamente de Gili Gaya, es adecuado a los fines de esta adaptación. Existen diversas reimpresiones. Por otra parte, los diccionarios que citamos a continuación no son más que este Abreviado, al que se le ha cambiado el adjetivo en el título: a) VOX. Diccionario fundamental de la lengua española. Barcelona. Bibliograf. 1973. (2ª ed. 1980). Con apéndice gramatical. Figura el mismo prólogo que en el

27. Véase la reseña de esta edición realizada por David Mignetto, publicada en la *Revista Española de Lingüística*, 1989, 19/1, 191-194. En ella se dice que el VOX 87 "ha sido elaborado a partir de la recuperación asistida por computadora de la edición anterior, o sea, de la que dirigió Gili Gaya en 1973. El resultado que se ve en la presente edición es el fruto de la revisión y la actualización practicadas sobre la edición del VOX de 1973." (191).

Abreviado. b) VOX. Diccionario compacto de la lengua española. Barcelona. Bibliograf. 1972. El mismo prólogo.

4) - VOX. Diccionario escolar de la lengua española. Barcelona. Bibliograf. 1971. A partir, asimismo, del General de 1953. Con apéndice gramatical. Prólogo de Gili Gaya adecuado a la adaptación.

- 11 reimpresiones -no ediciones- hasta 1987. La edición de 1988 se basó en una revisión superficial realizada por el equipo de lexicógrafos de Bibliograf, conservando el prólogo de Gili Gaya. La reimpresión de 1990 (13ª) sólo modifica algunas ilustraciones. Sigue incluyendo el prólogo, del que, al parecer, en la próxima edición, revisada y actualizada, la editorial va a prescindir.

5) - Diccionario general ilustrado Hispano-Americano. Barcelona. Bibliograf. 1977. (3ª ed.) Sale de la 2ª ed. del General de 1953. Lleva los prólogos de Menéndez Pidal y Gili Gaya que figuran en el General.

- Diccionario general ilustrado Hispano-mexicano. Barcelona. Bibliograf. 1973. El mismo que el anterior, sin duda dirigido al mercado mexicano.

Todo ello nos lleva a concluir que, con respecto a las adaptaciones, la obra principal es la segunda edición, de 1953, del Diccionario General, de la cual emanan todas las demás. Asimismo, hemos comprobado que son cuatro los prólogos que Gili Gaya elaboró para estas obras y, por tanto, deber

ser tenidos en cuenta ya que contienen perspectivas diversas y complementarias del hecho lexicográfico. Se trata de los prólogos a los diccionarios General (1945), Manual (1954), Abreviado (1956) y Escolar (1971). Ya en aquel contrato de 1944 se estipulaba que don Samuel debería hacerse cargo de las revisiones de las diversas ediciones de la obra básica, así como de la "redacción de un Diccionario Español para la Escuela Media a base del anterior Diccionario general." (Del Contrato). Es natural, pues, que dependiendo del público al que fuera dirigida cada adaptación de la obra general, la presentación correspondiente variara adecuándose a los diversos fines.

2.2.2.2. Las ediciones de 1945, 1953 y 1973.

Pero volvamos al General. Este, como sabemos, lleva, desde la primera edición, un primer prólogo de Menéndez Pidal, "El diccionario que deseamos", en el que no entraremos pues ha sido suficientemente comentado y valorado como "magistral ensayo lexicológico", que sienta las bases teóricas del diccionario ideal (Rabanales 1970:245), e incluso como el "testamento lexicográfico de Menéndez Pidal, redactado a los 75 años de edad, sin antecedentes cualesquiera en la inmensa obra anterior del autor." (Malkiel 1985:47). Lo que sí queremos destacar es la importancia del hecho de que en esta obra figure un prólogo -y tan sustancioso, además- del maestro a cuyo alrededor se formaron los integrantes de la Escuela Española de Lingüística, Gili

Gaya entre ellos. El profesor Malkiel también resalta este aspecto pues dice creer que don Ramón "a menudo se veía obligado a rechazar, con suavidad, ciertas solicitudes de prólogos. De ser así, resultarían doblemente significativos los contextos en los que accedía a tales pedidos." (1985:47). No hay ninguna duda de que la presencia de las palabras de Menéndez Pidal en la obra de Gili Gaya, uno de sus primeros discípulos en el CEH, autorizan, a priori, la obra de este último.

Vamos a ver ahora los aspectos básicos en los que se apoya la obra de don Samuel.

En cuanto a lo que se ha dado en llamar 'macroestructura' de la obra lexicográfica, u "ordenación de los materiales léxicos en conjunto" (Haensch 1982:452) -Menéndez Pidal, por su parte, habla de "caudal del diccionario" en su prólogo al Vox-, este diccionario presentó una selección del corpus que constituyó una novedad en el momento de su aparición. Por una parte eliminó buen número de arcaísmos, conservando, por otra, el vocabulario más usual que se puede encontrar en las obras de la literatura clásica; prescindió, asimismo, de ciertos tecnicismos, conservando los de carácter científico que más presencia iban teniendo en el lenguaje cotidiano; tampoco incluyó los dialectalismos de uso restringido pero sí dio entrada a barbarismos y creaciones artísticas lexicalizadas de uso comprobado. En la 2ª edición, de 1953, se incorporaron dialectalismos de extensión

geográfica notable y un buen número de americanismos, que en la primera edición se habían incluido únicamente en un apéndice al final del corpus principal de la obra.

En cuanto a la microestructura -"la estructuración de los artículos" (Haensch 1982:461)-, el Vox presenta las siguientes características: incluye etimologías, que pretenden corregir errores anteriores -tiene en cuenta el diccionario etimológico de García de Diego y en la última edición de 1973, también el de Corominas-; el orden de las acepciones se organiza a partir de la más cercana a la etimología siguiendo a continuación un orden cronológico o, en su defecto, didáctico -para Menéndez Pidal, este orden histórico-genético es el único válido (1953:XXI)-; los significados se explican mediante los tres métodos clásicos de: definición, descripción -auxiliada por las ilustraciones- y sinonimia, cuando las anteriores no bastan; en no pocas ocasiones incluye, además, una serie de sinónimos al final del artículo con las pertinentes explicaciones de matices; figuran asimismo datos sobre el contexto de las palabras y sobre las relaciones semánticas y sintácticas entre ellas, así como información acerca de la norma que debe aplicarse.

Estos son, escuetamente, los aspectos que caracterizan este diccionario, ateniéndonos a la presentación que del mismo hace en su prólogo Gili Gaya y a una rápida observación de la obra. Profundizando un poco más, vemos que es difícil adscribir el Vox a un tipo concreto de diccionario. Por sus

características y a pesar de prestar especial atención al lenguaje vivo, no se le puede catalogar simplemente como un diccionario de uso, pero tampoco es etimológico ni histórico exclusivamente. Es básicamente lingüístico, pero a menudo contiene informaciones extralingüísticas. No es, naturalmente, exhaustivo, pero su corpus es tan representativo que bien merece el calificativo de 'general'²⁸. Es, a la vez, descriptivo y normativo. Las informaciones gramaticales, contextuales y sintácticas que figuran en los artículos, le acercan, en ciertos aspectos, a los actuales diccionarios de valencias, si bien, evidentemente, no puede considerársele como tal. Por otra parte, no se trata de un diccionario de sinónimos pero tiene en cuenta de forma importante este aspecto del léxico, al utilizar la sinonimia como uno de los medios de definición -principalmente en los adjetivos- y también al incluir en muchos de los artículos, listas de sinónimos de la palabra-clave y explicación acerca de gradaciones intensivas o diferencias de matices. El profesor Casares consideraba la definición mediante la sinonimia "difícil de manejar" (1969:160), pero preferible en ocasiones a la definición abstracta. Charles Bally, a quien Gili sigue y cita a menudo, creía que en los hablantes existe un vivo sentido de la pluralidad de los hechos de expresión, lo cual lleva a menudo

28. G. Haensch dice al respecto: "Muchos diccionarios, aunque no sean integrales o exhaustivos, recogen un porcentaje tan elevado y, al mismo tiempo, una selección tan representativa del vocabulario más usual de una lengua, que se llaman con razón 'diccionarios generales', tal como el Diccionario General Ilustrado de la Lengua Española de Samuel Gili Gaya." (1982a:137).

a que cuando es necesario definir algo, se haga recurriendo al uso de sinónimos y comparaciones extraídas de la realidad. (1951). Gili Gaya pareció haber deducido, pues, que el uso de la sinonimia en el diccionario estaría justificado porque si esto ocurre en el discurso tanto hablado como escrito, ¿cómo no utilizarlo en el diccionario?. Por su parte, el profesor A. López, en un breve y reciente estudio sobre la obra de Gili, considera "una innovación radical de Gili Gaya (...) la de prestar especial atención a los sinónimos contextualizados como procedimiento de definición lexicográfica." (Costa 1991:69).

Este equilibrio de fuerzas en que se mueve el DGILE es lo que hace difícil su adscripción a un tipo u otro de diccionario. Pero eso no parece precisamente un defecto en este caso. Los rasgos que le caracterizan revelan un claro anhelo por cubrir en la medida de lo posible, las lagunas lexicográficas observadas en obras anteriores, entre las que destaca como punto de referencia inevitable el Diccionario de la Real Academia Española. Tal anhelo es comprensible pues, como afirma G. Haensch "todo diccionario representa una solución de compromiso entre el máximo deseable (...) y el óptimum efectivamente realizable." (1982b:239)

No existe quizá, obra más sujeta a limitaciones que un diccionario. El propio corpus lo está ya por sí mismo. El Vox, como hemos indicado, opta por una vía intermedia: elimina "materia muerta", puesto que no pretende ser un

diccionario histórico pero, a la vez, incorpora nuevas voces cuya presencia en la lengua se había, en el momento de la publicación de la obra, ya generalizado. No se trata, sin embargo de un diccionario sincrónico puesto que su criterio es de restricción y no de eliminación (Seco 1987:223). Con todo, el resultado es el de un instrumento idóneo para la codificación y descodificación del lenguaje vivo.

Al DGILE se le ha atribuido también un cierto enciclopedismo. M. Alvar Ezquerro (1983) insiste en este aspecto, que se aprecia, según él, tanto en la macroestructura como en la microestructura: se advierten ciertas interferencias gramaticales -como que figuren en los adjetivos los femeninos regulares o la presencia de derivados también regulares como los adverbios en -mente, o la inclusión de formas irregulares de paradigmas verbales ('asgo', 'tinto', etc.)- y la presencia de letras griegas y de símbolos químicos. Asimismo, el hecho de que se incluyan ilustraciones y ciertas explicaciones de carácter extralingüístico abunda en este aspecto.

Lo cierto es que no se le puede negar ese carácter con respecto a este tipo de explicaciones que abarcan otros campos del conocimiento y no exclusivamente el de la lengua -véanse los artículos correspondientes a los lemas 'hoja', 'libro' y 'fruto', por ejemplo-. Pero con respecto a la inclusión de especificaciones de carácter gramatical, es ya más discutible que ello se deba a ese carácter enciclopédico.

Menéndez Pidal opinaba que el diccionario debía tender más "a la abundancia que no a la escasez, en toda clase de observaciones sobre plurales, femeninos, diminutivos, aumentativos, superlativos, conjugación irregular, acento de las formas verbales, construcciones defectuosas y toda clase de puntos dudosos." (1953:XXIII). Esta tendencia responde, en parte, al deseo normativo de dar cuenta de los diversos usos incorrectos de la lengua. El profesor Alvar Ezquerro reconoce que este aspecto normativo es el que "produce las interferencias más fuertes entre diccionario y gramática" (1983:195), pero no es el único como veremos más adelante.

El profesor M. Seco, por su parte, ha destacado el valor del Vox como el único diccionario que ha distinguido "la definición propiamente dicha y su 'contorno'. Al definir un verbo transitivo, no incluye en la definición (como es habitual en los otros diccionarios) el complemento directo que corresponde a ese verbo en un enunciado de habla, puesto que tal complemento no es realmente un sema del verbo definido." (1987:204). El procedimiento que el DGILE utiliza para diferenciar adecuadamente el contenido y el contorno de una definición consiste "en encerrar entre paréntesis cuadrados el complemento directo 'potencial' de la perífrasis definitoria, y que lo es también del definido, sinónimo de ésta." (Seco 1979:187).

Esta facilidad que incluye el Vox en sus definiciones no constituye un dato gramatical de la misma clase que la

indicación del femenino regular de un adjetivo, por ejemplo, puesto que, en realidad, se trata de un dato que forma parte de la definición, pero ofrece una información sintáctica valiosa: nos hace saber cuál es el complemento directo potencial de los verbos transitivos.

Se ha dicho que la definición ideal sería aquella en que se diera igualmente equivalencia semántica y sintáctica, pero como ello no siempre es posible, los lexicógrafos deben hallar métodos que faciliten la información correcta y ayuden a salvar esas inequivalencias. Gili Gaya se hizo eco de este problema y por ello usó los corchetes para indicar el elemento cuya función sería la de complemento directo del verbo transitivo definido, sin importar que en la definición no realice esa función, como ocurre, por ejemplo, en los casos siguientes:

"Prefabricar: Fabricar en serie las piezas o partes [de un barco, una casa, etc.], de tal manera que su construcción consista sólo en el acoplamiento y ajuste de las piezas prefabricadas." > Prefabricar una casa, un barco, etc.

"Firmar: "Poner uno su firma [en un escrito]." > Firmar un escrito.

Gili Gaya utilizó este procedimiento sólo para diferenciar el contorno del contenido en el caso del objeto directo de los verbos transitivos, pero también el contorno de un verbo puede abarcar otras funciones, como sujeto o

complemento circunstancial (Seco 1979:188 y Porto Dapena 1988:141), que en el Vox ya no están destacadas especialmente. El profesor Manuel Seco propondría años más tarde que se utilizara para esos otros elementos del contorno, el mismo sistema que se había seguido en el DGILE para los objetos directos:

"..para todos estos elementos de contorno, tanto sujetos como complementos no directos, no ofrecería ninguna dificultad -y sí, en cambio, la ventaja de la uniformidad- aplicar el mismo sistema que vimos para los complementos directos. El paréntesis ya no significaría estrictamente 'complemento directo' sino en general 'elemento (o elementos) de contorno',...." (1979:190).

Tras este repaso a algunas de las interferencias gramaticales que se dan en el Vox, podemos decir que la gramática y el diccionario a veces resultan difíciles de delimitar exactamente. M. Alvar Ezquerro así lo reconoce: "...la gramática está presente, bajo distintos aspectos, en las dos estructuras de los diccionarios de la lengua." (1982:153)²⁹.

Para el profesor G. Haensch, esta presencia de la gramática en el diccionario se debe más que nada a la influencia de los logros de la lingüística moderna. Esta influencia se advierte en la incorporación de los siguientes factores: 1. Elementos léxicos pertenecientes a la lengua

29. Añade este profesor: "...son muchos los lugares por donde penetra la gramática (o las teorías gramaticales) en la macroestructura del diccionario. Salvo en unas pocas ocasiones (los gramemas independientes, por poner un solo ejemplo) la presencia gramatical no se manifiesta de una manera clara, sino a través de la concepción lexicográfica. En cierta medida es una metalengua camuflada. Todo lo contrario sucede en la microestructura, donde los hechos gramaticales saltan inmediatamente a la vista." (1982:172).

hablada e incluso a los niveles subestándar de la lengua. 2. "Elementos productivos de formación de palabras (prefijos, sufijos, lexemas no autónomos" (1982:241). 3. "Sintagmas lexicalizados, usos contextuales fijados, modismos, etc." (241-242). 4. Diversos tipos de fuentes, no sólo textos literarios como en el pasado. Todos estos factores se han tenido en cuenta en el Vox de forma que, junto con otras características ya mencionadas, en el año 1945, fecha de su primera aparición, confirieron a este diccionario un carácter plenamente moderno y destinado al usuario³⁰.

El DGILE atendió a las cuestiones gramaticales porque, tal como indica Gili Gaya en el prólogo, "las palabras, además de ser portadoras de significaciones realizan funciones como elementos de la oración de que forman parte" (1953:XXXIV), pero añade poco después:

"Como quiera que un diccionario no puede ser una Gramática por orden alfabético, el Diccionario Vox intercala en su texto numerosos cuadros gramaticales, en los cuales resume las cuestiones que por su carácter general no pueden adscribirse a un artículo lexicográfico determinado." (1953:XXXV).

El profesor A. López considera al DGILE, en este sentido, algo así como la continuación del interrumpido Diccionario de Construcción y Régimen de R. J. Cuervo (Costa 1991:68). Sin embargo, no creo que el DGILE, ni su autor,

30. M. Alvar Ezquerro hace la siguiente reflexión, asumiendo la perspectiva del destinatario de la obra lexicográfica: "Si se tomara la decisión de eliminar de las obras lexicográficas las variantes no léxicas, una vez más chocarían los intereses teóricos (lingüísticos, lexicográficos) con los editores y usuarios, quienes prefieren que el diccionario sea una obra polivalente, no sólo la explicación del significado de las palabras. Y quizás no les falte razón." (1982:171).

pretendieran eso precisamente, a juzgar por las propias palabras de Gili que acabamos de citar.

Así pues, estos son los dos extremos entre los que opera el Diccionario Vox: no puede prescindirse de la información gramatical porque, de hecho, se halla impregnada en la propia macroestructura pero, a la vez, deben separarse los hechos gramaticales generales y presentarlos como complementarios a la información léxica y no como pertenecientes a ésta.

Creo que el DGILE representa un equilibrio muy bien resuelto no sólo en este sentido gramatical sino también en el resto de componentes tanto por lo que se refiere a su macroestructura como a su microestructura. En ello radica el éxito obtenido por esta obra, que dio lugar a comentarios elogiosos lo mismo en reseñas específicas que en monografías diversas sobre cuestiones lexicográficas que contemplan, entre las de otros diccionarios, las aportaciones del Vox. En este sentido podemos citar como una de las más interesantes tanto por su método como por la panorámica que ofrece, la titulada "Diccionario y gramática" (1982) de M. Alvar Ezquerro. Para este profesor el diccionario Vox "es algo más que un diccionario" y "una de las mejores y más completas obras lexicográficas del español actual" (1983:197).

Angel López, por su parte, considera a Gili Gaya un "adelantado" pues la sinonimia explicada fue algo nuevo en lexicografía -en lengua española, por lo menos, añadiremos nosotros-. A. López recurre a las palabras -posteriores en el

tiempo a la obra de Gili- de Lyons, quien creía que una teoría semántica debía basarse en la definición del significado según las relaciones paradigmáticas que las unidades lingüísticas contraen entre sí, siempre teniendo en cuenta el contexto en el que aparecen. Ello lleva al profesor López a decir que "queriendo hacer un diccionario, Gili Gaya había fundamentado empíricamente una teoría semántica estructural." (Costa 1991:70). No sé si podemos ir tan lejos; lo que sí salta a la vista son los postulados estructuralistas de los que partió Gili Gaya para realizar su obra: en ella se aprecia esa correlación entre relaciones paradigmáticas y relaciones sintagmáticas, así como una concepción del lenguaje como un sistema en el que todo se halla entrelazado. Rafael Japasa destacó asimismo este aspecto, al afirmar:

"Gili Gaya trata de remediar el defecto habitual en los diccionarios alfabéticos, esto es, el presentar el léxico de un idioma como una serie de palabras inconexas, cuando en realidad se trata de un sistema en que cada término se liga o contrapone a otros dentro de su mismo campo de significación." (1961:40-41).

Otros críticos han opinado sobre este diccionario desde otros puntos de vista. Yakov Malkiel destaca en esta obra "su marcada honradez, claridad y utilidad para cualquier lector culto" (1985:45). Luzzio Ambruzzi, tras celebrar que figuren en el Vox los nombres científicos de plantas y animales, lo cual ayudaría, según sus palabras, a evitar muchos de los errores que los traductores de español habían cometido en este aspecto, acaba diciendo:

"..fra i dizionari alfabetici, possiamo affermare in coscienza che questo occupa il posto d'onore." (1947:25).

El hispanista F. Arnold, opinaba, por su parte:

"It is my agreeable duty to report that the Vox dictionary is excellent; it is the best desk-size, all Spanish dictionary available." (1954:391).

Si, para acabar este apartado, he traído a colación los comentarios de estos hispanistas extranjeros ha sido con el fin de destacar la importancia que no sólo para el hablante hispano tuvo el diccionario, sino también para aquellos que, no siendo el español su lengua materna, se hallaban interesados en ella. Esta obra les proporcionó, como hemos visto que ellos mismos proclaman, la solución a algunos de los problemas que plantea el peliagudo proceso de la traducción.

2.2.2.3. Las adaptaciones ('Manual', 'Abreviado', 'Escolar').

A partir de la 28 edición del DGILE, la editorial pensó en realizar una serie de diccionarios, adaptaciones de aquél, con fines diversos y destinados, en consecuencia, a públicos distintos. La primera de estas obras fue el Diccionario manual ilustrado de la lengua española y se publicó en 1954. En su prólogo, el autor afirma que esta adaptación se basa no en una "simple disminución cuantitativa" sino en una "adecuada selección cualitativa" (III). Está dirigido a los

grados medios de la educación y al hablante medio en general, en consecuencia, no a un público infantil, ni "literato profesional" (IV).

Si el diccionario, en general, debe servir primordialmente para incrementar el caudal léxico de los hablantes:

"..el valor didáctico de cualquier diccionario, grande o pequeño, consiste en su capacidad de valorizar y enriquecer en sus lectores el léxico virtual o latente, e incorporarlo al uso efectivo, en la medida posible al nivel de cultura y a las necesidades expresivas de cada uno" (III).

en este caso este factor debe ser ineludible. De ello se deduce que si en el General el carácter normativo era importante, aquí se ha acentuado esta faceta. Por otra parte, datos como la etimología de las palabras, arcaísmos o dialectalismos restringidos, interesan ya, por lo que no se tienen en cuenta.

Creo Gili que el problema más importante que plantea un diccionario concebido así es el de la simplificación de las definiciones. Las más difíciles de reducir son las que se refieren a conceptos; en este caso la simplificación es mínima pues de otra forma no quedaría la idea suficientemente delimitada. Las descripciones, por el contrario, sí pueden abreviarse ofreciendo las peculiaridades más obvias, el lector puede hacerse una idea clara del significado, siempre con el auxilio de las ilustraciones que ya figuraban en el General y que en esta adaptación se conservaron casi

íntegramente. La explicación del significado mediante la sinonimia también admite la reducción, pues dado que los sinónimos absolutos no existen, tan sólo deben emplearse "con prudencia los más próximos a la palabra definida" (V).

Gili Gaya defiende el concepto de "lengua culta general" que es a lo que debe servir un diccionario de estas características, frente a las diferenciaciones geográficas y sociales. Este concepto, dice, fue formulado ya por Bello, Caro y Cuervo, para quienes "el uso que hay que imitar y propagar es el de las personas educadas de ambos lados del Atlántico, que no coincide con ninguna de las hablas vulgares de Castilla, Cuba o la Argentina, sino que las integra a todas como un producto selectivo de la cultura hispánica." (V).

La segunda adaptación que se publicó, en 1956, fue la titulada *Diccionario abreviado de la lengua española*. La presentación de esta obra incide mucho más que la anterior en la utilidad escolar. Va dirigida no ya al hablante medio adulto sino a los adolescentes escolares -"niños que no exceden de catorce años"- en plena etapa de aprendizaje, en pleno "proceso de imitación" que, por otra parte, durará toda la vida.

Los estudios de sociolingüística y psicolingüística inciden en tal proceso realizando el inventario de las formas usuales del habla según las diversas clases sociales, edades y zonas de los hablantes. En el terreno del léxico, el más

fácil de inventariar, los estudios distinguen entre el "vocabulario de expresión" y el "vocabulario de reconocimiento" y es en esta distinción en la que Gili Gaya basa su presentación de esta obra. Esta no sólo contempla el primero -ello la limitaría y reduciría su utilidad- sino también el segundo, e incluso lo amplía, con el fin de que el escolar pueda desvelar sus dudas no sólo con respecto al léxico que "reconoce" aunque no use, sino también con respecto al que reconoce a medias o está en disposición de reconocer, ya que "esta medio comprensión es el camino que recorreremos para llegar a una comprensión más perfecta; es una etapa necesaria y deseable del aprendizaje idiomático. Los maestros saben bien que existe una Pedagogía del entender a medias, sin la cual no podríamos dar un paso en el camino de la educación intelectual." (Prólogo, sin paginar).

Cree Gili Gaya que un diccionario dirigido a los escolares debe servir de "instrumento a esa transición constante de lo abstracto a lo concreto, y de éste al plano de los conceptos generales, mediante la cual las palabras adquieren su valor formativo esencial en la educación." (id.) Pero una obra semejante no puede considerarse definitiva, de ahí que tanto el -responsable de la revisión- como el equipo de lexicógrafos redactores la ofrecieran a los educadores y especialistas para que con sus observaciones y sugerencias pudiera en el futuro ser mejorada.

La tercera de las adaptaciones del DGILE se publicó en 1971 con el título de Diccionario escolar de la lengua española. En el prólogo, Gili Gaya reflexiona acerca de las experiencias derivadas de la realización de los diversos diccionarios emanados del General de 1953 y advierte que el tipo de diccionario que plantea más problemas es precisamente el dirigido a la educación media "a causa de la indeterminación natural de sus límites, es decir, desde dónde parte y hasta dónde debe llegar" (VII). Este es un problema difícil de resolver sobre el que otros lingüistas también han llamado la atención. Lázaro Carreter, por ejemplo, considera que "entre nuestras deficiencias pedagógicas, carecemos de datos seguros acerca de la competencia léxica según los niveles de edad (y de los variables a que daría lugar una consideración sociológica de la cuestión), que permitieran componer diccionarios graduados y proporcionados a lo que pudiera considerarse óptimo dentro de cada nivel." (1979:VIII). Gili recurre aquí a su experiencia como maestro y aplica el principio de la contención:

"El arte de redactar artículos lexicográficos escalonados para públicos diferentes, consiste a menudo en saber contentarse con dar definiciones o descripciones incompletas, aunque siempre veraces." (VIII).

Aquella experiencia acumulada por Gili Gaya durante muchos años de contacto con alumnos adolescentes le sirvió en las investigaciones que realizó en la última etapa de su vida profesional sobre el proceso de la adquisición del lenguaje y es en este tercer prólogo en el que Gili incluye algunas de

las observaciones realizadas por él en este campo. En la infancia, por ejemplo, existe una sorprendente falta de uso de calificativos, debido a que "el lenguaje infantil es dinámico por naturaleza y salta del sujeto al verbo sin detenerse en las cualidades de las cosas" (X-XI). Al llegar la adolescencia, por el contrario, el uso de calificativos aumenta considerablemente debido a la nueva actitud vital del individuo que mira y se interesa por cuanto le rodea. De lo concreto se asciende a lo abstracto en el proceso de adquisición del lenguaje; esto es constante a lo largo de la vida pero el salto en la época adolescente es enorme. Por ello conviene "que los diccionarios que han de manejarse a esa edad amplíen y precisen los artículos dedicados a definir conceptos racionales, lógicos, que están por encima del campo intuitivo en que se mueve principalmente la infancia." (XII)³¹.

Hemos podido observar la evolución que se ha producido en las tres presentaciones que venimos comentando. Desde el primer momento, en que se pretendía abarcar la "lengua culta general" y ponerla a disposición de la educación y el hablante medios, hasta el deseo de adecuación a los diversos grados de la competencia lingüística del individuo para que la utilidad didáctica del diccionario sea eficaz, media una gran diferencia: del deseo normativo se ha pasado a una perspectiva distinta en la que el elemento principal es el

31. Volveremos a encontrar estas ideas, formuladas desde una perspectiva sintáctica, al estudiar el uso del adjetivo calificativo incluido en la obra de Gili Gaya, Curso superior de sintaxis española.

destinatario y el provecho que éste puede y debe obtener de la obra lexicográfica. No en vano hay dieciséis años de diferencia entre el primer prólogo y el tercero.

2.2.3. El 'Diccionario de sinónimos'.

Tras la importancia concedida al fenómeno sinonímico en el DGILE no es de extrañar que se pensara en la publicación de una obra lexicográfica que atendiera de forma primordial a este aspecto del léxico, de características casi siempre huidizas, difíciles de precisar. Gili Gaya, no sin hacer gala de su habitual modestia científica -que se aprecia en el mismo prólogo-, se atrevió con semejante tarea, de forma que en 1958 salía a la luz, por primera vez, esta obra, de nuevo en el seno de la editorial Spes de Barcelona.

Este diccionario no es una obra exhaustiva, pues tanto su tamaño como sus pretensiones son prudentemente limitados en función de las características propias del ámbito léxico que se considera. En el prólogo, en el que Gili Gaya justifica plenamente esta cuestión, se ofrece una breve caracterización de la sinonimia, no sin antes haber establecido que la sinonimia absoluta "es relativamente rara" (V), dados los condicionantes de diversa índole que intervienen en el fenómeno. En otro lugar, años antes, Gili ya había manifestado sus ideas al respecto, afirmando que "no hay verdaderos sinónimos en sentido absoluto y que cada

palabra tiene un matiz propio y particularísimo." ("Problemas del bilingüismo", 1931:11).

El autor prosigue, en este prólogo, ofreciendo una sucinta visión historiográfica de la consideración de la sinonimia, destacando especialmente el enfoque iniciado en Francia, en el siglo XVIII, que la contempla no como "un alarde de pluralidad y abundancia" (VII) en las lenguas sino como una manifestación lingüística que sólo debía interesar por la riqueza contrastiva y diferenciadora que suponía. También era esta una idea que ya había expresado anteriormente:

"...se equivocan los que alaban la lengua castellana por su abundancia de sinónimos, y piensan que nuestra lengua puede expresar la misma cosa de distintas maneras. (...) La excelencia del español procede de tener muchos medios lingüísticos para dar forma a muchos matices de espíritu, pero no en el absurdo de poseer recursos variados para una idea única." ("Problemas del...", 1931:11).

En realidad, este es el punto de partida moderno para lo que después ha sido el estudio de la sinonimia hasta hoy. Podemos, pues, considerar esta declaración como la primera relativa a la inexistencia de la sinonimia absoluta, que más tarde iría perfilándose. Así, la tradición lingüística francesa consideró, desde el siglo XVIII que la "sinonímica" -disciplina que se ocupaba de los sinónimos- no consistía en otra cosa que en buscar las diferencias entre aquello que es semejante pero no completamente igual. En consecuencia, su objeto era precisamente la diferencia de contenidos y no la identidad.

Gili Gaya, como veremos, se inscribe en esta tradición, -en lo que tiene parte de responsabilidad su concepción idealista del lenguaje-, a la que sumará otros planteamientos teóricos como el propuesto por Ferdinand de Saussure. Gili parte de la distinción en la ca hablada de la unidad mínima de significado, la palabra, que surge de la asociación indispensable entre significante y significado. Las palabras, además, en la conciencia lingüística del hablante forman asociaciones entre sí y se delimitan unas a otras por contraste u oposición. Las asociaciones de palabras en virtud del significado forman los campos semánticos, que, como Trier había ya destacado en 1931, varían en función del tiempo y del espacio en que se produzcan. Dice Gili:

"El número de palabras existente en un campo semántico dado, varía según las lenguas y las épocas: depende en cada caso de la atención mayor o menor que los hombres le presten, que, si es intensa, creará muchos vocábulos diferenciadores de matices, y si es escasa o desvaída se contentará con pocos." (X)

Gili Gaya nos habla también de la imprecisión del significado, como una de las causas favorecedoras de la sinonimia, pues la significación de las palabras en la lengua "aparece siempre con límites borrosos, flotantes, indecisos." (XI). Pero, la actualización que supone el habla hace que esos contornos se delimiten, restringiendo su extensión y, en suma, concretizándose. Según Gili "en la palabra, como en tantos otros aspectos de lo humano, realizarse es limitarse. Así pues, cada signo lingüístico es una abstracción más o menos extensa, pronta a disparar su significado potencial

sobre un blanco preciso." (XI). De las palabras de Gili podemos deducir que consideraba la sinonimia más como un hecho de habla que de lengua, puesto que el contexto es el que fija el significado de un término, que mientras se mantiene en lo abstracto -la lengua-, posee diversos matices y posibilidades de realización. Es precisamente en el habla que esos matices se reducen -ya no se abarca todos los significados posibles- y, en consecuencia, es mucho más probable que esos significados concretos puedan coincidir en situaciones dadas.

Gili se hace asimismo eco de los avances que se habían ido produciendo en el campo de la semántica -recordemos que no mucho tiempo antes, a finales de los años cuarenta él mismo se había cuestionado la validez de los datos aportados por esta disciplina-, ya que observa que "en la vida de las lenguas intervienen en proporción mucho mayor la imaginación, los afectos, deseos y voliciones, con lo cual se han ensanchado las perspectivas de la Lingüística en general y de la Semántica en particular. De aquí resulta que las fronteras entre palabras colindantes añaden a su incertidumbre racional o lógica, otros valores psíquicos y sociales que acentúan su imprecisión." (XI). De ello se deduce la dificultad que existe en la realización de un diccionario de sinónimos.

Hasta ese momento, el sistema empleado en las obras de este tipo, en español, era mayoritariamente el de la enumeración, salvo algunas excepciones que Gili Gaya recoge

en su obra. En cambio, el método seguido por éste consistió en la combinación de la simple enumeración con la 'sinonimia explicada':

"Los artículos -dice- son en este caso pequeñas disertaciones, acompañadas de ejemplos, con las cuales se trata de establecer un deslinde más o menos preciso entre las voces agrupadas." (XI).

Este es el sistema seguido por la lexicografía francesa en cuanto a la sinonimia. Gili, entronca, pues, con esta tradición, a pesar de reconocer el riesgo que este método 'explicado' entraña, pues suelen cometerse errores debidos al propio autor o a la indiferenciación semántica que a menudo se da en los vocablos que se tratan de distinguir. Por otra parte, de esta forma el diccionario será limitado pues nadie es capaz de "delimitar las fronteras sinonímicas más que de un número relativamente corto de palabras." (XII).

Aun así, Gili sigue al discípulo de Saussure, Charles Bally, para quien era absurdo intentar conformar las series de sinónimos sobre palabras aisladas ya que las palabras suelen tener diversas acepciones que se ven delimitadas, como decíamos antes, por el contexto, reconociéndose con ello, implícitamente, que la sinonimia es un hecho de habla.

Para Bally el fundamento de cualquier estudio sobre los sinónimos está en la distinción entre dos categorías de hechos de lenguaje: las palabras-género ("mots-genre") y las palabras-especie ("mots-espèce"). Las primeras comprenden a todas las demás pues poseen todos sus rasgos lógicos y

ninguno en especial ya que contienen "le sens fondamental commun à tous les synonymes et présentent ce sens sous l'aspect le plus objectif, le plus intellectuel et le moins affectif." (1951:107). Más tarde, Coseriu llamaría a estas dos clases de palabras, términos no marcados y términos marcados (1981a:31), donde los primeros serían el equivalente a las palabras-género de Bally.

Gili recurre, para estructurar los artículos de su diccionario, al "término de identificación" que Bally introduce. Según éste, los sinónimos debían estudiarse, en primer lugar, de acuerdo con el contexto, y después buscando la noción simple que significan, y por tanto, hallar el término que la expresa, es decir, el "terme d'identification" (1951:146), que no es más que una palabra-género o archilexema, como hoy también se llama. Ese hallazgo será básico para caracterizar las diferencias entre el hecho de expresión estudiado y ese término de identificación según el doble plano intelectual y afectivo.

Gili construye, pues, gran parte de sus artículos de sinonimia explicada en torno al término de identificación, que caracteriza como el "vocablo que contiene la noción común a todos los demás términos de la serie de una manera más desprovista de connotaciones laterales." (XII).

También Casares había recomendado a los lexicógrafos que para el estudio y comparación de sinónimos, debía acudirse al término más desprovisto de connotaciones para encabezar la

serie (1969:153), dado que una serie sinonímica suele tener un substrato conceptual irreducible y común de manera que el término que lo representa será el punto de partida para la clasificación del resto de la serie. El ejemplo que aporta J. Casares es el de la serie encabezada por morir, que Gili Gaya también mencionará en el prólogo de su obra:

"... 'morir' será el término de identificación de la serie 'fallecer', 'expirar', 'fenecer', 'entregar el alma', 'pasar a mejor vida', 'liárselas', 'espichar', 'estirar la pata', 'diñarla', etc., unos respetuosos, otros de marcado sentido religioso, familiares e irónicos, burlescos y evocadores de ambientes plebeyos y jergales." (Prólogo, XII).

Pero, a diferencia de lo que ocurre con el análisis de los sinónimos en un texto dado, cuyo contexto está definido de entrada, en un diccionario, en el que deben contemplarse todos los contextos posibles, la tarea de hallar el término de identificación puede resultar realmente ardua. En ocasiones, no se puede dar con uno que pueda considerarse indiscutible; en ese caso, el lexicógrafo, dice Gili, se ha visto obligado a elegir uno arbitrariamente, con el fin de que un sistema de referencias adecuado asegure la eficacia y rapidez de la consulta." (XII) El autor ha marcado con un asterisco aquellos términos en cuyos artículos pueden encontrarse mayores explicaciones.

Sin embargo, no siempre se estructuran estos artículos "completos"³² en torno a un elemento clave. A pesar de la coherencia loablemente pretendida por Gili Gaya, en muchas

32. Badia Margarit, en su reseña de 1963 sobre esta obra se refiere a ellos de esta manera.

ocasiones observamos que la serie se incluye sin destacar un término en particular, porque, como decía Gili, no existe un término que se pueda considerar más vacío de connotaciones que el resto de sus 'compañeros' de la serie. Es el caso de guía, por ejemplo, cuyo artículo incluye, en dos acepciones, material y figurada, los siguientes términos:

"Conductor, guiador, adalid.// (fig.) Director, mentor maestro, consejero."

Los tres primeros términos no poseen entradas propias en la obra y los restantes incluyen, respectivamente:

director: "directivo", "dirigente";

mentor: "maestro", "guía", "consejero", "consultor";

maestro: "pedagogo", "profesor", "instructor";

consejero: "consiliario" (voz docta), "asesor", "mentor", "guía", "maestro".

En ninguno de estos artículos se destaca un término de identificación.

Por otra parte, vemos cómo el sistema de referencias no es simétrico o de "doble dirección" como dice Badía Margarit (1963:193). Para este crítico lo que hace más útil el diccionario es precisamente que las referencias se hallen en una especie de equilibrio simétrico y se lamenta de que en muchas ocasiones en la obra de Gili no ocurre así "no sabemos si de intención o por descuido" (193), añade.

Sin embargo no siempre es fácil conseguir que el sistema de referencias sea de una absoluta doble dirección, pues el significado no suele regirse por condiciones biunívocas sino que constituye una red cuyas ramificaciones van extendiéndose según las diferencias de matices. Por ejemplo, si buscamos "comenzar", encontraremos: "*empezar", "principiar", "iniciar". En "iniciar" hallaremos: "comenzar", "principiar", "*empezar"; en este caso, la doble dirección se ha cumplido perfectamente. Vamos ahora a "principiar": "comenzar", "*empezar", "iniciar", "dar principio". Vemos cómo se cumple también la doble dirección, si bien se ha añadido un elemento relacionado formalmente con el encabezamiento del artículo, lo cual justifica que se incluya en esta entrada y no en el resto de los elementos de la serie -ya hemos dicho que la exhaustividad en un diccionario de sinónimos es prácticamente imposible-. Vamos ahora al archilexema o término de identificación que aquí es *empezar*. Encontraremos "comenzar", "principiar", "iniciar", "acometer" y "*emprender", con las explicaciones de las diferencias de matices relativas a "principiar", "comenzar", "empezar" e "iniciar" que son los cuatro términos principales que componen la serie encabezada por *empezar*. Pero observamos cómo, además, se han incluido "*emprender" -como término de identificación de otra serie- y "acometer", cuyos matices difieren ya en buena medida de los de "iniciar" o "principiar". Vamos al artículo de "acometer" y encontramos: "*emprender", "intentar". En "emprender" hallaremos: "comenzar", "principiar", "empezar", "iniciar",

"acometer" y "*entablar". En este último figuran: "comenzar" y "trabar" y, por fin, en éste: "entablar" y "dar principio", con lo cual se terminan las ramificaciones de este campo asociativo. Todo ello demuestra que si bien las referencias de doble dirección son muy aconsejables y útiles, no siempre se realizan de forma exacta, pues los límites imprecisos del significado lo impiden. Por otra parte, a un diccionario de las dimensiones de éste y realizado además por un solo lexicógrafo, no puede exigírsele tal exhaustividad.

Hemos podido comprobar, pues cómo Gili parte del planteamiento estructuralista, como él mismo muestra al referirse a Saussure, que considera la lengua como un sistema en el que están relacionados todos sus elementos y cuyas ausencias y presencias determinan la ampliación o restricción de matices de los elementos que constituyen campo asociativo³³.

Gili Gaya publicó en 1968 una nueva edición de la obra, ya en *Biblograf*, en la que si bien no realizó una revisión profunda, sí remodeló algunos artículos, atendiendo a indicaciones y sugerencias que le habían sido hechos a raíz de la primera salida al público, en 1958, del diccionario. Así lo indica él mismo en un párrafo, añadido al primer prólogo, que figura en esta edición de 1968, con numerosas

33. El profesor Angel López, en el estudio citado, concluye al respecto: "...los conceptos lexicológicos de Gili Gaya representan la irrupción temprana en España -en realidad en los años cuarenta y cincuenta- de la escuela ginebrina." (Costa 1991:72)

reimpresiones posteriores (y no ediciones, como indica la editorial)³⁴.

Marcos Torres en una reseña de 1960³⁵ realiza unas observaciones enfocadas principalmente a la falta de atención al ámbito hispanoamericano que se aprecia en la obra. Pero antes, al igual que Badía, se lamenta del sistema de referencias que unas veces deja términos sin entrada propia y otras no recoge los sinónimos en rigurosa referencia simétrica, cuestión ya debatida aquí, por lo que no insistiremos en ello.

Con respecto a las críticas sobre la poca atención al ámbito hispanoamericano, creemos que tampoco tal ampliación era posible en las condiciones de esta obra. El uso peninsular, sin duda, prevalece y, como dice M. Torres, "la sinonimia americana resulta muy escasa" (352), tanto en lo que a la lengua estándar se refiere como en lo relativo a lenguajes especiales como el botánico o el zoológico. A pesar de ello, Gili, dice M. Torres, "se esfuerza más que otros en registrar americanismos" (352) y así pueden encontrarse algunos artículos con la indicación 'Amér.'.

Como decíamos antes, Gili trató de cubrir, en la edición de 1968, algunos defectos que se le habían indicado o particularmente o en reseñas como la que estamos

34. Nosotros, por ejemplo, hemos trabajado con la reimpresión de 1979; según Bibliograf, "78 edición".

35. Véase en WRPH, XIV, 349-353.

considerando. Así, el mismo Torres aduce que en el artículo *emperador*, sólo se menciona "césar", a lo que podía añadirse "káiser", "zar" o "mikado". Y efectivamente, con estas adiciones aparece este artículo en 1968:

"Emperador: Tratándose de la antigua Roma, César. En otros países, 'káiser' (Alemania), 'zar' (Rusia), 'mikado' (Japón). 'César' también puede aplicarse por antonomasia a cualquier jefe del estado que ejerce el poder absoluto sin limitaciones."

Asimismo, observa M. Torres que en *jofaina* faltan "aguamanil", "palangana", "lavamanos",.... En la edición del 68, ya puede leerse:

"Jofaina: Palancana, palangana, aguamanil, lavamanos, según preferencias locales; aljofaina es p. us. y ant.; almofía, ant."

Y no son éstas las únicas ampliaciones o rectificaciones que podemos encontrar. Con todo, otras observaciones no fueron atendidas y permanecen igual que en la primera edición de 1958.

En definitiva, el *Diccionario de Sinónimos* de Gili Gaya fue una aportación muy interesante en el momento de su aparición por el tratamiento -nuevo en la lexicografía hispánica- dado al fenómeno, desde una perspectiva semántica estructuralista y con una caracterización de la sinonimia como un hecho de habla. Al considerar el fenómeno desde la lexicografía, el autor debe resolver la dificultad que ello conlleva por medio de recursos como la sinonimia explicada y la estructuración en series en torno a un elemento clave como

el término de identificación. Así es como Gili planteó y resolvió esta obra.

2.2.4. Otros trabajos lexicográficos.

Gili Gaya publicó una serie de artículos, notas y reseñas que hemos clasificado como lexicográficos, pues como ya habíamos indicado en la presentación de este capítulo, se inscriben en una consideración de la lexicografía más amplia, no sólo como mera aplicación. Los hemos agrupado en dos bloques: el que abarca temas de la lexicografía clásica y académica del siglo XVIII y otro en el que se contemplan obras lexicográficas contemporáneas.

En el primer grupo los trabajos se pueden dividir en antes y después del Diccionario de Autoridades. Los dos primeros de los que hablaremos son los que se refieren a los inicios de la lexicografía académica en el siglo XVIII. Seguirán luego las breves notas publicadas por Gili acerca de obras lexicográficas anteriores a esa época, una de principios del XVII y otra de fines del XV, más una reseña relacionada con el Tesoro de Covarrubias. El bloque de la lexicografía contemporánea se compone de varias reseñas sobre otros tantos diccionarios, si bien la referida al DRAE debe considerarse como algo más que una simple reseña.

2.2.4.1. Cuestiones de lexicografía clásica y moderna.

Empezaremos, pues, por el artículo titulado "Siesso de Bolea como lexicografo" (AFA, III, 1950, 253-259). Este

personaje fue uno de los cuatro aragoneses encargados por la Academia de recoger las voces del Reino de Aragón destinadas a figurar en el DAut. Gili llama la atención sobre el hecho de que Aragón fuera la primera región peninsular en destacar un léxico propio, tanto en este Diccionario como en diversos vocabularios previos y también posteriores. Las causas, dice, pueden estar en "la consideración de Reino, con tradición histórica propia y peculiaridades legislativas vivas todavía", además de la "diligencia que los escritores aragoneses pusieron en inventariar su léxico." (253).

Uno de ellos, José Siesso de Bolea, académico desde 1729 hasta 1933, fecha de su muerte, dejó un material lexicográfico que Gili describe y valora en este breve artículo. Se trata de cuatro manuscritos conservados en la Biblioteca Nacional, de entre los que destaca el número 12.670 que, más que un diccionario, es una colección de borradores para escribirlo. Gili Gaya lo considera muy interesante "porque está elaborado de primera mano, con originalidad poco frecuente en libros de su clase" (256). Además, opina que es "único en su tiempo" en lo referente a aragonesismos, por lo cual, afirma, "lo he incluido íntegro en el Tesoro Lexicográfico que tengo en publicación." (256).

Según hemos podido leer en otra parte, parece que las relaciones de Siesso de Bolea con la Real Academia sufrieron algunos altibajos. En 1715 la Academia consideró de interés incluir los vocablos aragoneses que un "caballero zaragozano"

-Siesso- había propuesto enviar. Pero a la aparición del primer tomo su nombre no fue mencionado como colaborador, lo cual disgustó a Siesso quien decidió interrumpir sus envíos. Entonces la Academia recurrió a Juan Francisco Escuder, alguacil mayor de Zaragoza, para que siguiera proporcionando "voces comúnmente usadas en el Reino de Aragón"³⁶.

Sin embargo, no creemos que durara mucho este distanciamiento, pues Siesso de Bolea figura como académico a partir de 1729 y en el último tomo del Diccionario se menciona a D. Joseph Siesso de Bolea como colaborador, junto a otros tres lexicógrafos aragoneses: Blas Antonio Nassarre, Joseph Torrero y Marzo y Francisco Escuder.

Este artículo de Gili constituye una aportación a la historia de la lexicografía española, tanto en cuanto al material que recoge y comenta -los cuatro manuscritos-, como por lo que se refiere a su autor, de quien se conocen muy pocos datos. Para Gili es importante destacar que Aragón fue una región privilegiada en cuanto a la presencia de sus voces originarias en la lexicografía oficial española desde sus primeros tiempos:

"Únicamente se señalaron cuatro especialidades encargadas a determinadas personas: Blasón, Matemáticas, Cetrería y Voces del Reino de Aragón." (253).

36. Véase Lazaro Carreter: "El primer diccionario de la Academia" en Estudios de Lingüística (1980), 28 ed. 1981, 83-141. Véase también Aurora Salvador: "Las localizaciones geográficas en el Diccionario de Autoridades, en LEA, VII/1, 1985, 103-139.

Y el principal personaje que a ello contribuyó fue Siesso de Bolea cuya aportación principal se basa más en una labor de recopilación de material que en la presentación de obra acabada. A la vez y gracias a ese mismo material, valioso no sólo desde el punto de vista dialectológico sino también general, pueden rastrearse las fuentes a las que acudió, lo cual hará lamentarse a Gili Gaya de que finalmente no llegara a componer ese diccionario de aragonesismos que sin duda pretendía. Ello hace que Gili le considere un "precursor de los diccionarios que en la centuria siguiente publicaron Mariano Peralta y Jerónimo Borao" (254).

Cuando Gili publicó esta nota se hallaba inmerso en la preparación de la publicación del Tesoro, del que ya habían aparecido los dos primeros fascículos. De ahí que, a la vez que aprovechaba los materiales para la obra que iba apareciendo lentamente, se propusiera "contribuir a la debida valoración del primer lexicógrafo aragonés." (258)

Trece años más tarde, Gili aborda de nuevo cuestiones relacionadas con la lexicografía académica, esta vez desde una perspectiva más general, en el trabajo titulado La lexicografía académica del siglo XVIII (Oviedo, 1963).

Se trata de una lección que dio en la Universidad de Oviedo y que él quiso enfocar más que como una simple aportación de datos bibliográficos, como un esfuerzo de interpretación de las condiciones intelectuales que dieron lugar al surgimiento de la lexicografía en aquellos momentos.

Gili buscaba en el contenido de los diccionarios la "expresión de unas ideas que de modo tácito o expreso matizan el pensamiento científico del siglo XVIII en toda Europa; y también cómo esas ideas universales repercuten en España y son asimiladas o transformadas, según la peculiaridad española de aquel momento cultural." (8).

Gili empieza así por preguntarse las causas y circunstancias que conducen al desarrollo del arte lexicográfico no sólo en España, sino también en los países europeos en los que de una forma más o menos contemporánea se dio un desarrollo similar. Para ello, realiza una breve exposición de la lexicografía anterior al XVIII (algo parecido pero más amplio había hecho también en el prólogo al Tesoro). Tras esta etapa, afirma, se dan unas circunstancias que llevan a las diversas culturas a volver la vista atrás y recuperar un pasado que se aparece como más fructífero que el presente. Hay dos formas en las que esto puede realizarse: la tradicionalista que consiste en recuperar el pasado y trasplantarlo al presente, representada por Forner y los casticistas, y la reformadora que se basa en la renovación de aquel pasado y su superación hacia el futuro, con personajes como Feijoo, Campmany y Jovellanos. Sin embargo, Gili se guarda de esquematizar en exceso pues nada de esto considera absoluto, sino relativo. La idea definitiva es que ante el cambio que claramente se había producido surgió un afán normativo que se materializó en la formación de las Academias. Estas, cada una según sus particulares premisas,

recurrieron al criterio de autoridad como punto de partida. En Italia, por ejemplo, La Crusca florentina (1612) impuso el léxico toscano sin admitir dialectalismos. En Inglaterra, aun sin corporación académica alguna, se recurrió a la autoridad del diccionario de Samuel Johnson (1655). La Academia francesa, por medio de su Dictionnaire (1694), impuso tajantemente la separación entre el 'buen francés' literario y el habla popular, "por esto -dice Gili Gaya- la lengua francesa es la más codificada del mundo." (16-17).

En España, por el contrario, el criterio de autoridad fue mucho más amplio y se nutrió de diversos flancos (literaturas medieval y barroca, textos jurídicos, poesía popular, romancero, refranero, dialectalismos, germanía y tecnicismos). Las razones que Gili da para ello estriban en la preocupación académica por el casticismo, por una parte, y, por otra, la tendencia, característica de nuestra cultura, al trasvase frecuente de lengua popular y lengua culta, cuyas fronteras son borrosas. De ahí que la Academia Española fuera la menos académica del mundo, como ya había observado Menéndez Pelayo. Añade Gili que ésta "nació como sus congéneres italiana y francesa con el propósito tan dieciochesco de ser guía del buen uso; pero el carácter de nuestra vida literaria y de nuestra tradición cultural la llevó a esa fusión antiacadémica de sectores sociales que en todas las épocas preside la sincronía del idioma español." (22).

Vemos otra vez reflejada aquí la idea que ya habíamos comentado en otro lugar del trabajo, de que el idioma español es uno de los menos rígidos en cuanto a sus diferencias entre lengua escrita y lengua hablada, entre lo vulgar y lo culto; idea que aquí Gili hace recaer sobre el quehacer académico, como consecuencia y causa, a la vez, de esa tendencia igualadora de la cultura española. Consecuencia, porque Gili considera que esta característica es inherente a nuestra cultura y por tanto existía ya antes de que la Academia surgiera; y causa también porque, al reflejarla la Corporación, la tendencia se fija y se convierte, a su vez, en norma difusora. Encontraremos de nuevo aquí el concepto de "aplebeyamiento" lingüístico que Gili suele utilizar³⁷.

El profesor Alvar Ezquerra dice de este artículo que su título "anuncia mucho más de lo que encierra su contenido" (1983:65) y que "el trabajito es hoy de un valor relativo: como noticia informativa y visión general de la actividad lexicográfica de la Academia en el siglo XVIII puede ser suficiente, pero en los demás aspectos se ve superado por trabajos posteriores" (66). Ello nos parece lógico, pues son contados los logros en cualquier ciencia que no se ven sobrepasados por avances posteriores; en ello radica uno de los principios de la investigación.

37. Dice aquí don Samuel que este fenómeno se produce para bien y para mal: "Para bien porque mantiene la vivacidad de la lengua (...). También para mal, porque facilita la vulgaridad y aun el aplebeyamiento del habla entre las personas cultas, tanto en España como en Hispanoamérica (...). Y así se produce con más intensidad que en otros países un movimiento de interpenetración osmótica entre las capas sociales del idioma." (17).

Con todo, en cuanto al título del artículo, diremos que es muy general, en efecto; no matiza en qué aspectos va a centrar su atención esta lección. Quizá hubiera sido más preciso titularla "Sobre los criterios de autoridad en la lexicografía del siglo XVIII", que reflejaría más exactamente el objetivo principal sobre el que versó la disertación, pues lo que ésta en realidad muestra es el tratamiento distinto que la Academia Española dio al criterio de autoridad con respecto al resto de Academias europeas del momento.

Si acudimos a trabajos posteriores como el de Lázaro Carreter, "El primer diccionario de la Academia" (1981:83-148), compuesto como discurso para su ingreso en la Real Academia, en 1972, y basado en la consulta de archivos y actas de aquella institución, comprobaremos que don Samuel estaba en lo cierto en su apreciación de las diferencias que se produjeron entre la elaboración de los diccionarios español y francés, por ejemplo. Mientras que los redactores de este último pudieron actuar con mayor libertad en cuanto a la metodología, pues evitaron las citas a autoridades a pesar de tenerlas presentes en todo momento, los académicos españoles justificaron siempre sus inclusiones con las citas oportunas, si bien su criterio selectivo fue mucho menor que el de sus colegas franceses. Siguieron, pues, nuestros académicos la tradición florentina³⁸.

38. Lázaro Carreter afirma que la tradición que actúa sobre la Academia es precisamente la instaurada por la Crusca y añade: "Y don Samuel Gili Gaya lo ha precisado muy bien", refiriéndose a las palabras que sobre esta cuestión don Samuel había incluido en el prólogo al Tesoro Lexicográfico (1981:103).

Lázaro Carreter también menciona esa "manga ancha" en cuanto a la inclusión de vocablos vulgares en la obra académica:

"Los límites mismos del inventario o macroestructura, tales como estaban trazados por la planta, quedaron anchos casi siempre, pero en algún punto fueron desbordados. Sorprendentemente, este desbordamiento se produjo por el flanco de las palabras menos comedidas." (111).

Asimismo Lázaro rebate la supuesta "actitud antibarroca" que se achacó a los académicos³⁹, lo cual ya había destacado Gili, quien dice:

"La misma amplitud de criterio hallaremos en la selección de autoridades de los siglos XVI y XVII sin excluir los escritores barrocos, a los cuales se achacaba la corrupción del idioma." (18).

Pero de los trabajos de Lázaro Carreter deducimos asimismo que la razón por la que el criterio de autoridad de la Academia Española fue más amplio que en otras partes quizá no estribe únicamente en esa tendencia a la interpenetración lingüística que destaca Gili Gaya. La falta de método que presidió la realización del primer diccionario y que se aprecia en las Actas de la Institución -como Lázaro nos ha mostrado (1981:110-113)-, tuvo seguramente mucho que ver en el resultado final.

Creemos, pues, que el trabajo de Gili Gaya responde a unos planteamientos derivados de su experiencia en la labor

39. Lázaro recuerda que ya en 1949 él mismo combatió esa "especie", y "con escaso éxito, pues en estudios posteriores siguen atribuyéndoseles el propósito de limpiar el idioma de 'neologismos culteranos y concectistas'." (1981:105).

de recopilación para el Tesoro, así como al conocimiento profundo de las fuentes a las que debió acudir⁴⁰, y que efectivamente, trabajos posteriores de otros investigadores, como Lázaro Carreter, por ejemplo, ampliaron y completaron lo que Gili iniciara.

Otra breve nota -tan sólo dos páginas- relacionada con su acceso a materiales lexicográficos españoles se publicó en 1951. Esta vez se trataba de una obra anterior a la creación de la Academia, el Diccionario (1604) de Juan Palet, médico de Enrique de Borbón, Príncipe de Condé, que ya había sido descrito brevemente en las notas bibliográficas que Gili incluyó en el primer fascículo del Tesoro Lexicográfico. La nota, publicada en Clavileño, se tituló "El primer diccionario español-francés."

Muchos fueron los diccionarios que Gili tuvo ocasión de manejar y conocer a fondo. Si a éste dedicó una nota en especial fue, sin duda, porque le pareció merecedor de ello. Por una parte, destaca el esfuerzo propio del trabajo contenido pues compara el número de vocablos de esta obra con el de los vocabularios hispano-franceses de su época, mucho menor en general. El método empleado permite, además, suponer que Palet tenía buenos conocimientos de español. Asimismo, Gili encuentra en esta obra una sensibilidad especial ante el cambio lingüístico, poco habitual en aquella época. Poco

40. Gili indica en una nota, al principio de su trabajo lo siguiente: "Mi exposición está basada en el manejo constante de los diccionarios académicos y de sus antecedentes españoles y extranjeros." (S.N.I.).

tiempo después, otro diccionario, *Trésor des deux langues* (1607), de César Oudin superó y amplió el diccionario de Palet, que este *Trésor* contiene íntegramente. A pesar, pues, de que la obra de Oudin invalidara para siempre la de Juan Palet, Gili reivindica a éste como "el primer hispanista francés" (37) en el aspecto lexicográfico.

Este pequeño artículo tiene ciertos puntos de contacto con el dedicado a Siesso de Bolea. En ambos, Gili trata modestamente de recuperar una figura y una obra que por causas externas pero propias de la misma tarea lexicográfica habían quedado, en cierto modo, olvidadas. Si en el artículo sobre Siesso afirmaba que deseaba contribuir a su valoración por haber quedado buena parte de su labor filológica "diluida en el anónimo del *Diccionario de Autoridades*" (258), aquí nos dice:

"...el nombre del buen médico de Condé se sumió pronto en el olvido total en el que caen muchos trabajadores modestos, cuya labor básica sirve de asfalto al renombre de otros autores más afortunados, aunque no menos meritorios. El virgiliano "sic vos, non vobis" pesa especialmente sobre los cultivadores de la lexicografía. Por algo el surco geórgico de los buyes que arrastran el arado en provecho ajeno se parece a las filas de palabras apretadas en las columnas de un diccionario, y el minúsculo dulzor con que se aña la abeja tiene singular analogía con la tarea anónima del lexicógrafo." (37).

Gili Gaya sabía muy bien que la tarea laboriosa y callada de los lexicógrafos obtiene poco reconocimiento individual. Quizá fuera una manera elegante de poner el dedo en la llaga en lo que a este trabajo se refiere. No reclamó ese reconocimiento para sí mismo pero quizá creyó un deber,

por su parte, rescatar del olvido a quienes al cabo del tiempo, por diversas causas, no habían obtenido una mejor y merecida consideración científica.

En 1967 se publicó la reproducción facsimilar del *Universal Vocabulario de Alfonso de Palencia*, editada en Sevilla en 1490. La responsabilidad fue de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española y a Gili Gaya le fue encomendada la tarea de presentar la obra mediante una breve nota preliminar.

Recordaremos ahora que cuando Gili publicó su *Tesoro Lexicográfico* ciertos críticos manifestaron su sorpresa y casi contrariedad por el hecho de que no se hubiera incluido en él el material de esta obra previa a Nebrija. Gili ya había justificado su decisión en el prólogo del propio *Tesoro*: no entraba dentro de las premisas de aquella obra. Sin embargo, Gili era consciente de la importancia del material de este vocabulario y la conveniencia de su aprovechamiento, como se aprecia en esta "Nota preliminar", en la que reconoce que la reproducción de este texto, que nunca había sido reimpresso, debido principalmente al auge posterior del diccionario latino-español de Nebrija, significaba "poner al alcance de todos un gran caudal de léxico romance que no ha sido todavía debidamente utilizado." (6).

En este bloque encontramos aún una brevisima reseña de 1923, aparecida en la RFE sobre un trabajo de John M. Hill

quien, años más tarde, en 1957, ordenaría precisamente el material léxico del *Universal Vocabulario de Palencia*, antes de la aparición de la edición facsimilar que acabamos de mencionar⁴¹.

La obra reseñada es un índice del léxico contenido en el *Tesoro de la Lengua Castellana de Covarrubias*, que Hill tituló *Index Verborum de Covarrubias Orozco: Tesoro de la lengua castellana o española* (*Indiana University Studies*, VIII, 1921). En su crítica, Gili Gaya se muestra en desacuerdo con los criterios seguidos por Hill. Gili estaba comprobando por aquel entonces que esta obra de Covarrubias planteaba muchos problemas a los lexicógrafos para poder aprovechar adecuadamente sus materiales (falta de rigor en el orden alfabético, voces definidas sin artículo especial). De ahí que un buen índice hubiera resultado muy oportuno. Sin embargo, los criterios seguidos por Hill, a juicio de Gili, no fueron los correctos y, en consecuencia, no resolvió los problemas existentes. Como muestra de uno de estos criterios inadecuados Gili cita el de "suprimir todos los derivados sin definición" ya que priva al índice de muchas palabras que Covarrubias distinguía bien, con matices semánticos diferentes y que hubieran debido tenerse en cuenta.

A pesar de ser ésta una nota muy temprana, Gili tenía ya cierta autoridad profesional para opinar de esta manera pues

41. Véase John M. Hill, *Universal Vocabulario de Alfonso de Palencia. Registro de voces españolas internas*. Real Academia Española, 1957.

se hallaba en plena tarea de preparación de los materiales que conformarían su Tesoro Lexicográfico, en consecuencia el Tesoro de Covarrubias era una obra que conocía bien y que consideraba como la más "importante y extensa del Siglo de Oro"⁴² en el ámbito lexicográfico.

2.2.4.2. Cuestiones de lexicografía contemporánea.

En el segundo bloque dedicado a la crítica lexicográfica de don Samuel se cuentan unas pocas reseñas que comentan diversos diccionarios contemporáneos, entre ellos naturalmente el de la Real Academia en su 17ª edición, de 1947. Lo cierto es que esta nota de Gili Gaya, aparecida en la RFE en 1947, es algo más que una simple reseña, pues, aparte de la aportación léxica que ofrece, contiene también unas interesantes apreciaciones del autor sobre la lexicografía oficial del momento. En ellas Gili justifica su contribución por varias razones. En primer lugar, llama la atención sobre el hecho de que más que de una nueva edición, hay que hablar de reimpresión pues tan sólo existen variaciones con respecto a la edición precedente en las páginas preliminares, si bien se incluía un Suplemento con las voces que en el momento de la reimpresión estaban ya dispuestas; de ahí que la propia Academia informe que está preparando una revisión más extensa. Por otra parte, don

42. Añade Gili en la presentación bibliográfica que incluye en el Tesoro Lexicográfico: "Aun después de la publicación del Diccionario de Autoridades conservó su valor, y en nuestros días se le consulta y cita a menudo. Por esto hemos incorporado enteramente a nuestra colección los materiales contenidos en las ediciones de 1611 y 1674, además de los del Suplemento manuscrito." (XIX).

Julio Casares, tras la publicación de aquella edición anterior había manifestado su queja ante el escaso eco que las ediciones académicas tenían entre la crítica especializada, sobre todo en España. Además, se daba también la circunstancia de que la Real Academia había distribuido un folleto solicitando colaboración en el acopio de materiales para el Diccionario Histórico en proyecto. Por último, creía Gili que el hecho añadido de la reciente creación del Seminario de Lexicografía era prueba palpable de que el interés por el hecho lexicográfico iba en aumento. Todo ello fue lo que animó a don Samuel a realizar una serie de precisiones en cuestiones etimológicas principalmente con el fin de que en la edición que siguiera ciertos errores se subsanaran. Gili no esperaba que la Academia se pronunciara en las etimologías que aún no se habían clarificado por completo pero pensaba que, en general, debían irse adecuando a los logros que en esta materia la Romanística había ido obteniendo.

Gili incluye, pues, 27 ejemplos de etimologías erróneas con su solución correspondiente, soluciones que él, por su parte, había ya incluido en su entonces reciente DGILE. Hemos comprobado que algunas de estas etimologías en la edición 192, de 1970, no habían sido aún corregidas, quizá por descuido o quizá por no estar de acuerdo con la solución ofrecida por Gili.

Algunas de las que sí se corrigieron son:

Banda: en la 17ª edición sólo se ofrecía un artículo a pesar de tener este vocablo dos orígenes distintos según su acepción: germ. 'band', 'bind' (faja, cinta) y gót. 'bandwo' (signo, bandera). En la 19ª edición aparecen ya dos entradas distintas.

Echar de menos: No debía incluirse esta acepción en la etimología general de echar (IECTARE), pues su origen estaba en el port. 'achar'. En la edición 19ª se incluye ya entrada aparte para esta acepción.

Hurgar: En la edición reseñada se decía procedente del lat. FURCA. Gili da como más probable *FURICARE. Así se indica ya en la 19ª edición.

Jade: Su origen real está en la expresión española '[piedra de] ijada' que adoptada por el francés se convirtió en 'jade' y así volvió a pasar al español. La Academia atribuía erróneamente el origen al chino 'yud'. En 1970 se da ya el origen correcto.

Rebato: Su origen establecido por Oliver Asín ya en 1928 estaba en el árabe 'ribat'. Hasta 1970, la Academia relacionaba esta voz con 'rebatir'.

Sobrasada: Viene del cat. 'sobrassada' que procedía del lat. SAL PRESSATA y no de 'sobreasada'. En 1970 se halla ya correctamente indicado.

Todas estas etimologías están asimismo avaladas por Corominas (DCECH). Igual ocurre con las siguientes correcciones que propone Gili pero que, por el contrario, en la edición de 1970, ni en la de 1984 (20ª), aún no habían sido rectificadas:

Casaca: Gili y Corominas lo relacionan con el fr. 'casaque' y éste del it. 'casacca'. En 1970 aún puede leerse en el DRAE su falso origen de 'casa'.

Ducho: Su origen está en DUCTUS, de DUCERE. El DRAE lo atribuye a DOCTUS, de DOCERE.

Perla: Procede del lat. PERNA, concha, clase de molusco. El DRAE, dubitativamente, lo hace proceder del lat. PIRULA, dim. de PIRUM (pera).

Naturalmente, sólo puede deberse al descuido el que estas etimologías aún no hayan sido corregidas. Hay otras, sin embargo, cuya falta de rectificación ya no podemos atribuir tan claramente al descuido pues no hay acuerdo con lo que propone Gili en su nota así como en el DGILE. Es el caso de:

Paladino: En su acepción 'claro, público', Gili lo hace derivar del adv. lat. PALAM. Corominas le reconoce a esta forma tan sólo un influjo pero no el origen del adjetivo que para él, como indica el DRAE, está en el lat. PALATINUS.

Por otra parte, encontramos otras etimologías que sí han sido corregidas por el DRAE según las indicaciones de Gili, pero que Corominas no considera correctas. Se trata de casos como los de:

Cigarro: Gili propone el maya 'sigar' que Corominas no acepta por tratarse de un verbo (fumar) del que es poco verosímil, dice, que proceda un sustantivo. Corominas cree más adecuado y nada "ridículo", como se le había tachado, que el origen de esta forma se halla en una relación semántica por comparación con el animal 'cigarra' (s.v. cigarro). En el DRAE se adopta la etimología maya.

Lagotear: Gili acepta el gót. 'laigon' (lamer) para esta forma, que el DRAE relaciona con 'halagar', lo cual Gili rechaza ya que, dice, ello "es fonéticamente imposible, y más si se tiene en cuenta el cat. 'llagotejar'" (205). En la edición de 1970, el DRAE ya indica el origen gótico. Pero Corominas considera el origen de esta forma muy oscuro y no cree en esta solución pues asegura que "es muy poco verosímil este supuesto cuando no existe en romance un verbo '*lagar' (ni siquiera '*lagotar')', ni en germánico un sustantivo que pueda explicar '(l)lagot'." (s.v. lagotero).

Tras todo lo expuesto, y a pesar de que, como Gili sabía muy bien, la etimología es un aspecto del léxico difícil de resolver en ocasiones, podemos afirmar que eran mayoría las

etimologías cuya corrección Gili proponía en esta nota y que podían darse por comúnmente aceptadas ya entonces. La intención que preside el artículo-reseña de Gili se basa en la idea de contribuir a una obra que arrastraba, y arrastra, los defectos de la falta de agilidad en la adecuación a los nuevos logros de la investigación lingüística.

Hay otro tema en el que Gili era, en cierta forma, especialista y sobre el que también llama la atención en esta nota⁴³. En el terreno de la terminología científica cree Gili que la Academia debería incorporar a algún naturalista en su Seminario de Lexicografía con el fin de hacer más precisas las denominaciones de plantas y animales, sobre todo cuando se recurre a la sinonimia, que corre el peligro de quedar falseada de una zona geográfica a otra o de una época a otra.

Para justificar su propuesta aporta un ejemplo de sinonimia anacrónica que se da entre las voces 'crotón' y 'ricino' y que podría tener, dice, 'terribles consecuencias si los médicos y los farmacéuticos consultasen el diccionario académico en vez de atenerse a sus tratados de farmacología' (207). Se da el caso de que una de las variedades, 'crotón', es una planta purgante que en determinadas dosis resulta venenosa, mientras que el 'ricino', como sabemos, es

43. En la conversación que mantuve con el profesor Zamora Vicente éste explicó que don Samuel era, en la Academia, el 'paño de lágrimas' de sus colegas en asuntos del léxico botánico ya que a él acudían siempre que tenían dudas con respecto a estas formas.

inofensivo. Sin embargo, hubo una época en que 'crotón' y 'ricino' significaron lo mismo. Sólo hasta que a principios del siglo XIX una nueva especie, de propiedades más peligrosas, fue descubierta y llamada 'crotón' por el parecido de sus semillas con las del viejo 'ricino'.

Gili opina que este tipo de anacronismos deben ser corregidos sin tardanza pues de lo contrario "las sucesivas ediciones del diccionario arrastran el peso muerto de las obras que se forman por yuxtaposición, y sus aumentos no le dan el carácter de crecimiento orgánico que corresponde al léxico de una lengua viva." (208). Por nuestra parte, hemos comprobado que en la 20ª edición, la de 1984, el DRAE sigue manteniendo esta sinonimia.

Gili acaba mencionando algunas correcciones que deberían hacerse en ciertas calificaciones gramaticales, sin embargo reconoce que "no puede pedirse a la Lexicografía demasiado rigor en señalar la función previa que las palabras y las frases pueden desempeñar en la oración." (209) Como hemos mencionado ya en otro lugar de este trabajo, el diccionario es una obra sin contextos que se ampliaría indefinidamente si tuviera que contemplar las diversas posibilidades gramaticales. Ya en su DGILE, Gili, a pesar de tener en cuenta este aspecto en mayor medida que lo hace el DRAE, merced a su distinta concepción, había solventado parte de la cuestión incluyendo, como sabemos, cuadros gramaticales.

Se trata, creemos, de una nota bibliográfica importante por varias razones. Su autor poseía mucha experiencia lexicográfica y tan sólo hacía dos años había publicado uno de los mejores diccionarios del español moderno que también contemplaba, como sabemos, cuestiones etimológicas. Así, cuando realiza correcciones etimológicas lo hace a conciencia pues poco tiempo antes ha debido buscar y contrastar la información competente para averiguar dichas etimologías, incluidas en su obra. Igualmente, cuando opina que el sistema de definiciones es en general correcto, nadie mejor que él para hacerlo pues es consciente de las dificultades que encierra la tarea de definir en un diccionario. En rigor, la RAE sólo tenía que haber consultado el DGILE amén de otras fuentes para subsanar determinados errores e inexactitudes, sin embargo eso no era lo habitual. Los diccionarios de la RAE se han nutrido siempre de sí mismos, más las adiciones y correcciones que desde dentro se puedan realizar. Por ello Gili, sabiéndolo, responde al llamamiento que Casares y la propia Institución hacen y publica estas notas con la esperanza de que pueden aplicarse a la edición siguiente. Como hemos visto, ello no se realizó al cien por cien.

Otra medida de la importancia de estas notas nos la da una simple, pero a nuestro juicio significativa, mención. Cuando Horst Baader realiza la reseña de la 22 edición del DGILE, tras aplaudir que sea Gili el encargado de su realización, añade:

"man denke nur an seinen für die Hispanistik äußerst wichtigen, leider nur allzu langsam fortschreitenden Tesoro lexicográfico 1492-1726 oder seine etymologischen Ergänzungen zur 17. Aufl. (1947) des Diccionario de la Real Academia Española, RFE, 31, 1947, s.202-209." (1956:172).

No suelen ser celebradas las reseñas, a no ser que sobrepasen esa categoría y se conviertan en algo más. Para Baader esas notas etimológicas constituyen una aportación lexicográfica digna de mención.

Otras cuatro notas sobre diccionarios publicó Gili Gaya. La primera de ellas, cronológicamente, versó sobre el Diccionario Balarí (RFE, 1926), cuya mayor virtud fue, según Gili, la de llenar el vacío que existía en lo referente al vocabulario catalán decimonónico de los escritores de la Renaixença. En 1949 y 1950 aparecieron consecutivamente en la RFE dos notas sobre el Nuovo Dizionario Spagnolo-Italiano, del profesor L. Ambruzzi, que Gili celebra pues la tradición lexicográfica italo-hispánica se hallaba muy necesitada de una obra de tales características, realizada con un rigor y amplitud inusitados. El tercer diccionario reseñado por Gili -en Insula, 1950- fue el Diccionari català-valencià-balear, cuya publicación en aquellos momentos aún no se había completado. Gili desea, pues, dedicar "unas palabras de aliento" hacia el esfuerzo realizado por los autores, tanto por su iniciador, A. M. Alcover, como por sus continuadores, F. de B. Moll y Sanchís Guarner. Gili da cuenta de la génesis de la obra así como de algunos detalles de su macro y microestructura, reconociendo que esta recopilación "supera

en amplia medida a cuantos inventarios léxicos de la lengua catalana se han publicado hasta hoy". A la vez, y consciente de los problemas que en nuestro país se han dado siempre en largas y costosas investigaciones, expresa su deseo de que tal publicación "no se extinga entre tantas empresas intelectuales malogradas por falta de continuidad", más o menos lo que a su Tesoro iba a ocurrirle poco tiempo después.

Finalmente, Gili se hizo eco de la aparición no de un diccionario sino del libro considerado en España como la guía indiscutible de la técnica lexicográfica. Se trataba de la *Introducción a la lexicografía moderna* (1950) de don Julio Casares. La reseña de Gili apareció el mismo año, en el número de noviembre de la revista *Insula*. Se trata de una reseña positiva en su crítica en la que se aprecia de nuevo la implicación del propio Gili en el contenido de la obra comentada. Hay varias partes en esta reseña que conviene destacar. En primer lugar, la presentación del autor para la cual Gili utiliza recursos indirectos como es el hecho de hablar acerca de los modos y maneras de la divulgación lingüística de años atrás -vanas y acres polémicas periodísticas- y compararlas con el modo de hacer actual basado en un intento de acercamiento al lector, como una invitación a la reflexión conjunta más que como una provocación. De todo ello el maestro indiscutible, según Gili, era Casares.

Sigue la breve presentación del libro que se halla compuesto por diversos trabajos realizados en y para diferentes ocasiones, en las que Gili también de una u otra forma había intervenido o intervendría en corto espacio de tiempo (Seminario de Lexicografía, informes para la RAE sobre el Diccionario Histórico, conferencias en la UIMP, participaciones en los Coloquios organizados por el Instituto de Humanidades, etc.), pero perfectamente engarzados a juicio de Gili. Esta unidad de la obra se aprecia en tres planos: 1) de propósito: que distingue perfectamente la lexicografía de la lexicología y la semántica; 2) de pensamiento, que logra aciertos como el deslinde entre 'frase proverbial' y 'locución' y 'refrán'; 3) de estilo, basada en el "buen gusto, claridad expositiva y gracia sin rebuscamiento."

Gili conocía bien a Casares, cuya obra aún hoy es reconocida generalmente como punto de referencia indispensable para las cuestiones lexicográficas. La vinculación de Gili Gaya con el mismo ámbito de investigación lexicográfica le hacen idóneo para emitir su juicio sobre esta obra aunque sea tan brevemente como en una reseña bibliográfica.

Hemos dejado para el final la mención a la colaboración de don Samuel en el Diccionario Histórico de la Real Academia. Poco podemos decir de esta colaboración, pues al tratarse de una obra corporativa, su trabajo individual quedó absorbido junto al de sus colegas, diluyéndose en un todo que

es el resultado que hoy tenemos a nuestra disposición. Lástima que ese resultado sea tan parco hasta este momento.

Don Rafael Lapesa nos ha dejado certificación de que lo último que don Samuel entregó para esta obra "fueron las papeletas de un texto especialmente difícil, las jarchas mozárabes" (1976:201), así como el testimonio de la labor de Gili Gaya en la labor de "aleccionamiento de novicios" (1983:25) dentro del Seminario.

Aunque sólo sea para dejar constancia, hemos querido mencionar aquí la colaboración de Gili Gaya en esta obra académica, sin olvidar que cuando la Academia permita consultar la documentación relativa a don Samuel que allí se conserva -deben pasar 25 años de la desaparición del académico en cuestión para que eso sea posible-, junto con las Actas de aquellos años, puedan hallarse datos que permitan rastrear con mayor profundidad la participación de Gili Gaya en esta obra lexicográfica.

2.3. CONCLUSIONES.

De la exposición y análisis realizados de esta parte de la obra de Gili Gaya dedicada a aspectos relacionados con el léxico, pueden extraerse, a modo de resumen, unas breves conclusiones que contemplan tanto su aportación como sus ideas, naturalmente, ambas íntimamente ligadas.

Partimos de las palabras de M. Alvar Ezquerro, que ya han sido citadas en este trabajo, de que toda obra lexicográfica es reflejo más o menos consciente de la teoría lingüística que aplica su autor (1983:120). Pero antes hay que volver a insistir en la condición de Gili Gaya de integrante de la Escuela de Menéndez Pidal y del grupo de educadores que recogió la herencia de las ideas institucionistas, pues tanto aquel entorno como la formación allí adquirida condicionan, como punto de partida, su dedicación. Los medios que tuvo a su disposición fueron decisivos, así como también los aspectos, más intangibles, que configuraron su formación científica, investigadora y pedagógica. Todo ello permitió que su interés se dirigiera hacia áreas de estudio lingüístico diacrónico tales como el léxico de la época clásica o las etimologías del léxico botánico o arcaico, pero también sincrónico como, por ejemplo, el léxico incluido en sus diccionarios generales de uso y perteneciente a esa "lengua culta general" que él trató de caracterizar a menudo.

Resumiremos, pues, sus aportaciones e ideas en una serie de puntos esquemáticos para no alargar lo que creemos que a estas alturas debe haber quedado ya claro.

1) De las corrientes positivistas tomó la metodología. Gili comenzó sus trabajos de investigación sobre el léxico, apoyándose en el conocimiento de gran cantidad de material. Por otra parte, en un principio, sus trabajos tampoco

explicitan conclusiones de tipo general tras el análisis del material; éste cobra todo su valor en su misma descripción y explicación. Sin embargo, este trabajo constituirá la base de las ideas que le permitirán, más adelante, de una forma casi subrepticia, pero con una total seguridad, la elaboración de sus diccionarios. No cabe esperar de la obra léxica de Gili Gaya formulaciones teóricas; por el contrario, hemos visto como sí pueden hallarse aplicaciones, incluso precursoras, de aquéllas.

2) La perspectiva histórica ocupa un lugar importante en sus trabajos, como fiel representante de la escuela filológica pidaliana. Sus estudios léxicos mantienen la conexión entre lengua e historia, así como entre lengua y literatura, cuya separación tajante el positivismo había postulado. Ello se aprecia en sus trabajos sobre el léxico marginal (picaresca) así como en sus notas etimológicas cuya crítica se basa en condicionantes de tipo histórico que igualmente aplicaría en su crítica filológica. Por otra parte, sus panoramas históricos sobre diversas etapas y aspectos de la lexicografía española (clásica, académica, sinonimia) son breves pero a la vez muy claros, precisos y necesarios en los momentos en que aparecieron.

Similar afán de recuperación histórica, si bien desde otra perspectiva, se da en sus trabajos sobre figuras poco reconocidas que tuvieron un notable papel en la historiografía lingüística de la lengua castellana, así como

en su tendencia a enmendar etimologías erróneas en cuya investigación su formación científica, no sólo lingüística y filológica sino también naturalista, tuvo un importante papel.

3) Gili deja ver en su obra lexicográfica y lexicológica unos planteamientos estructuralistas que parten de las disociaciones saussureanas entre lengua y habla, sincronía y diacronía, paradigma y sintagma. Aplicando estos principios a la técnica lexicográfica obtiene sus diccionarios de la lengua y de sinónimos que representaron una innovación importante en la lexicografía de aquellos momentos. Aspectos como los sinónimos contextualizados (la sinonimia como un hecho de habla, no de lengua), o la indicación destacada dentro de la definición del "contorno" de los verbos transitivos (la obra lexicográfica deja de contemplar sólo el paradigma para dar cabida al sintagma), constituyen una muestra de la aportación de Gili a la lexicografía contemporánea.

4) Para Gili Gaya la voluntad del hablante -individual o colectivo- se halla en conjugación con el aspecto cultural y por encima de determinismos históricos o sociales. Se trata de un dato más que confirma su pertenencia a la Escuela Española de lingüística que reformuló ciertos aspectos de las concepciones historicistas de los neogramáticos así como los primeros planteamientos estructuralistas de la escuela ginebrina. Ello se suma a su concepción idealista del

lenguaje que hace que el significado sea, a igual que otros aspectos de la lengua, el producto de una asociación de estilo individual, lo cual convierte este hecho en un acto de "creación" y no de simple reproducción. Asimismo, se aprecia esta concepción cuando, por ejemplo, limita la amplitud de los campos asociativos a la mayor o menor atención prestada por los hablantes o cuando apela a la unidad entre estos para preservar la unidad de la lengua, o simplemente cuando busca el componente cultural en la despotenciación semántica sufrida por los modismos.

5) Destaca también Gili el concepto de lengua culta general que sitúa en lo que ya los lingüistas americanos de fines del siglo pasado habían fijado. Se trata de una lengua por encima de las divergencias geográficas y sociales que recoja los rasgos generales compartidos por todos los hablantes y que sea usada por el hombre "culto". Esa, para Gili, es una aspiración porque, en realidad, a lo largo de sus investigaciones ha apreciado en la lengua española una "interpenetración osmótica" muy importante entre los diversos niveles sociales del lenguaje. Lo vulgar y lo culto intercambian sus elementos muy a menudo lo cual hace que las lenguas de uno y otro lado no difieran tanto entre sí, como ocurre en otras lenguas. El español posee, pues, esta característica que Gili explica por razones culturales. Así, esto se observa en la lengua porque también se da en la cultura hispánica, en general, de lo cual nuestra historia puede aportar numerosas pruebas. En este tipo de

consideraciones sociolingüísticas, Gili se muestra como un precursor pues sin que la sociolingüística hubiera tomado aún carta de naturaleza, barajó una serie de conceptos que años más tarde formarían parte de los primeros intentos por definir este estudio de la lengua a partir de las influencias que los condicionantes sociales ejercen sobre ella.

6) El trabajo de Gili Gaya es, en conjunto, de una gran claridad expositiva. En los diccionarios esta característica se mantiene y amplía pues el trabajo selectivo realizado resulta adecuado a los fines lexicográficos perseguidos. En consecuencia, Gili aporta, en este sentido, una coherencia en su obra que le permitirá un importante poder de difusión entre el público. Todo ello se halla en estrecha relación con la condición pedagógica del autor que dota a la obra del equilibrio necesario para lograr la aceptación del destinatario.